

CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS

UNIVERSO CENTRO

Número 18. Noviembre de 2010 – Distribución gratuita – www.universoctrato.com





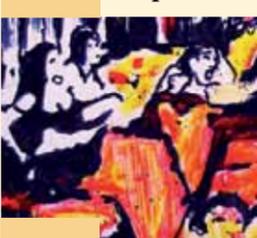
4 Brooklyn

6 Medellín
posa11 Des
Recomendados

13 Antonio Caro



16 Zepelín



20 Sinfonía Porno



22 This is Medellín



27 Volíbar

Medellín a solas consigo: turistas, viajeros y migrantes

Camilo Jiménez

Diletantes y académicos han tocado el tema del viaje y han destacado las diferencias entre viajeros y turistas. No remito a ellos —son fáciles de encontrar al primer golpe de Wikipedia— sino más bien a la evidencia empírica: si quiere ver a un turista vaya al Intercontinental, si quiere ver a un viajero vaya a los hostales cerca al Parque Lleras. Pero si se miran bien, son tan turistas los señores de Dockers, cámara al cuello y tour por el Museo de Antioquia como los muchachos de bermudas y pecueca que preguntan por un porro en el semáforo de la 10. Unos y otros buscan la aventura a su manera, la cuestión es que tienen mejores defensores los que van detrás de la comida criolla, los mercaditos apuestos o las largas caminatas que los que recorren 14 ciudades en 20 días o pasan sus tardes haciendo shopping. Ahora queremos que los viajes que hacemos sean nuestro propio show de Anthony Bourdain o Andrew Zimmern. En los ochenta el *no va más* eran los cruceros. Son los tiempos: hace cien años un viaje se parecía más a un trasteo, para comprobarlo basta leer otra vez Frutos de mi tierra de Tomás Carrasquilla o los Cuentos y crónicas de doña Sofía Ospina de Navarro.

Ahora bien, los migrantes son otra clase. Como llegan para quedarse usan el dinero de otra manera, los lugares que visitan, por los que se mueven, no coinciden con los de turistas y viajeros —o coinciden lo mismo que los residentes—, traen con sus muebles sus maneras de ser y de hacer. Buscan espacios, motivan competencia. Con las debidas particularidades, Medellín se porta bien con el turista, algo seco con el viajero y definitivamente mal con el migrante. ¿Cuántos santandereanos trabajan en su oficina o viven en su edificio? ¿Con cuán-

tos pastusos estudió? Es cuando menos paradójico que la ciudad le haga el fo a quienes quieren vivir en ella y acoja con cariño de tía a quienes la visitan por unos días, porque Medellín a ratos sabe tratarte bien.

Tenía más de un año sin visitar mi ciudad, y apenas descargué las maletas salí a dar una vuelta por Vizcaya, los alrededores del Lleras, Manila. Me gusta mucho la vida de barrio en las mañanas, y aunque esos no fueron los de mi infancia me estaba quedando cerca, por lo que salí a buscar casas de un piso, gritos ofreciendo frutas y servicios, perros paseando sin dueño ni correa. Paré en una frutería de Manila a tomar jugo. Al frente de la frutería queda un gimnasio, y de allí salió una mujercita de las que solo da esta tierra. Se acercó al mostrador donde yo estaba sentado y cantó dulce esta letra, con esa música que no oía desde hacía un año largo: “¿Tenés jugo de fresa?”. El dependiente —rapado, delantal blanco tres tallas más grande, tenis blanquísimos— dejó mi jugo moviéndose en la licuadora y dio una mirada a las canastas y a la nevera. Luego le dijo a la chica: “No miamor, pero le tengo de mora que es casi lo mismo”. Estaba en Medellín.

No fueron al azar las regiones que escogí para las preguntas que hice arriba: conozco a una pareja de sangileños y a una pastusa que quisieron instalarse en Medellín, trabajar aquí y levantar a su familia (o buscar una en el caso de la pastusa). Lo que al comienzo fueron sonrisas y amabilidades, pura consideración, se fue tornando en desplantes cuando empezaron a hacer negocios, a ir a reuniones de copropietarios, a conseguir clientes. Ella nunca despegó, la pareja se fue antes de tener que empeñar hasta la tostadora para pagar deudas. Sí, ya sé: estas tres golondrinas no ilustran el invierno de todos los que se quieren quedar en Medellín. Pero tampoco son casos aislados: mire otra vez las preguntas. Una ciudad de puertas abiertas acoge tanto a los que vienen de paso como a los que

quieren quedarse. A los que vienen a hacer dinero con los residentes y a los que vienen a dejarlo en ocho días, sea en city tours o callejeando —ese verbo tan de aquí.

Esa política de puertas abiertas que está impulsando la administración de Medellín va más allá del arreglo de vías y parques, requiere más que abrir los cielos para que lleguen vuelos de otros lados con mayores facilidades. Está bien remodelar la casa, arreglarla, limpiar el mugre y comprar muebles nuevos, pero también es necesario preparar las conciencias. Las ciudades más cosmopolitas son las que han aceptado con complacencia a sus visitantes y a los que se quedan. Sus habitantes saben bien que quienes se instalan en su ciudad traen sus costumbres, sus comidas, sus formas de ver la vida, y eso no quita oportunidades sino que, al contrario, las amplía. Hay que tratar bien al turista, claro que sí, pero también hay que hacerle espacio a quien viene a quedarse, convencernos de que no nos van a quitar la papita. La remodelación de infraestructura es necesaria y también costosa, pero es más difícil y costoso remozar las ideas que se han sedimentado en los medellinenses después de ciento cincuenta años de aislamiento. Y la tendencia no solo se da aquí: creo que Bogotá es la única ciudad grande de América Latina que no tiene un barrio chino, por poner apenas un caso. Pero es Medellín la que está empeñada en abrir sus puertas de manera programada e institucionalizada.

El poema en el cual se inspira el título de esta nota fue escrito por un migrante de Andes que nunca estuvo del todo cómodo entre las montañas de Medellín, aunque las amó con locura. Al comienzo de Medellín a solas contigo Gonzalo Arango escribió: “Quisiera vivir en medio de este esplendor de fuerza, sol y poesía. Pero tal vez no. Esta violencia desencadenada terminaría por matarme, es demasiado inhumana. [...] La felicidad tendría aquí su reino, pero también una muerte melancólica”. **UC**

Impresiones de Medellín

Emilio Ruchansky

Parrandera

En medio de esa ciudad descajada, irregular, sombría por momentos; en medio de las calles multitudinarias del centro, de gente apurada por el día nublado, descubrí que Medellín era un lugar especial, distinto, violentamente romántico. Estaba deambulando cerca de la estación de metro del Parque de Berrío, sin otro rumbo que una cigarrería que vendía paquetes de Marlboro, enteros, un atado de 20. Eso de la venta al menudeo me desesperaba, como a cualquier fumador que se queda sin cigarrillos a las tres de la mañana. Además era totalmente antieconómico, si uno tiene el dinero y los pulmones para fumar cada treinta minutos; y encima está de vacaciones.

El lugar que había descubierto no solo vendía paquetes. Lo hacía a un precio justo, tan justo que era el mismo todos los días. Creo que ese día era la segunda vez que iba y compraba dos atados porque la chica ya me conocía y me sonrió comprensiva. Ella tal vez sospechara lo que pasaba: había viajado 5 estaciones de metro para comprar ese bendito atado, como decimos en Argentina, estaba realmente “al pedo”. Era tarde y como estaba nublado, los alrededores del metro se veían más oscurecidos que de costumbre. Me fui por un poco de café, un culito de tinto, para tomar en el Parque de Berrío, sentarme y pasar quince minutos, suficientes para fumar, tomar café y lo más importante: justificar la breve salida.

Y entonces oí la música. No sabía que le decían “parrandera”. A mí me sonaba como al ritmo del porro, al del paseo. Quedé maravillado de inmediato con la imagen. Había cinco parejas de viejitos bailando. Se movían como una

una canción que suena en la radio, luego de regar la quinta.

En ese mismo momento me acordé de una frase emblemática del DT argentino Mostaza Merlo, que sacó campeón a Racing en medio de la crisis del 2001, después de 35 años: “No creo en la felicidad, solo en los buenos momentos”. Prendí otro cigarrillo y los seguí viendo bailar. Empezó a lloviznar. Todas las parejas seguían bailando y los músicos, que se miraban entre sí, acordaban sin hablar que seguirían tocando. Una canción hablaba de animales, mencionaba el tigre, el osito hormiguero, la garrapata, la gallinaza, los conejos, las culebras y los jabalíes. Recuerdo dos versos: “Que salgan las mariposas de 400 colores” / “que salga el escarabajo que pisco se emborracha”. Me di cuenta que estaba ante una teletransportación.

Estuve sentado hasta el anochecer, cuando dejó de hacerme efecto la otra satisfacción campesina que había descubierto por la mañana, mientras intentaba desayunar un café con leche en el centro. Terminé comiendo, también en el centro, lo que comían de madrugada esos mismos bailarines de parrandera, “el calentao”: chocolatada, frijoles, arroz, manteca y arepas. Un desayuno de campeones.

Flores nocturnas

Nunca vi la Plaza de los Periodistas de día. Llegué a dudar de que ese lugar existiera si había luz. Incluso, ahora creo que deberían encapsular la plaza, con vidrio opaco, como los casinos, para que la gente no se espante con el sol ¿Hay plantas que florecen de noche? En esa plaza sí. Florecen entre cerveza y cerveza, con el olor dulzón a marihuana y con la maldición inca serpenteando, con los desconocidos que están a una pitada de dejar de serlo. Recuerdo haber pasado varias noches, charlando y fumando en esa plaza, sintiéndome como en el jardín de un amigo, alguno con plata, claro, porque hay que tener plata para tener baños químicos en el fondo de casa.

Ahí mismo me enteré que estaba en una zona de tolerancia en medio de la ciudad con peor fama de América. Cualquier turista desprevenido hubiera creído que la gente andaría con un revólver en la cintura en ese lugar, que los especialistas de convicciones liberales definen como “escena abierta de la droga”. Esas noches, de rumba por si no queda claro, fui uno más. Yo, que casi no probé las drogas legales, comprobé los beneficios de evitar la polaridad, algo que sostengo, y lamentablemente también debo defender, más por intuición que conocimiento directo. Cuando se teme mucho algo y se lo asocia disparatada y rápidamente a “la perdición”, como lo hacen los nefastos prohibicionistas, el que por circunstancias de su vida pasa del otro lado, pasa en extremo.

Vi de “esos” casos. De tipos que eran más santos que las madres que los llevaban a la iglesia y siempre pusieron a las drogas mucha más cerca del infierno que del placer. Supe más tarde lo mal que se daban con la cocaína. ¿Se estarían castigando? ¿Estarían probando las mentirosas explicaciones y prejuicios que tenían antes? ¿Qué daño

El autor de estas tres postales callejeras de Medellín es editor general de la revista THC y redactor de Página12 en Argentina. Pasó por la ciudad invitado para dar una charla en la Universidad de Antioquia sobre el tema de despenalización. No se pudo. La U de A estaba cerrada por fallos en su aeropuerto.



Cachorro

se puede cometer uno para creerse a sí mismo? ¿Son autoprofías cumplidas? Juro que divagué preguntas como estas después de fumar un rico porro en la plaza de los Periodistas. Es que nadie se veía preocupado, ni muy pasado o “amanecido”, como dicen ustedes. Más tarde vi algún fantasma, pero nada en comparación de lo que pasa en los lugares cerrados en Buenos Aires, donde hay “tolerancia”. “Escenas abiertas de droga”. Me da risa esa frase. Significa mucho pero no dice nada.

Otra cosa que me atrajo fue el microclima que se arma: ahí están los bares de poca luz, para que no duelan los ojos rojos, y las barras largas, con espacio para apoyar el codo, mansamente, y escuchar a los diletantes de turno. No es casualidad que de esta burbuja, que uno desearía que el mundo se parezca a ella, salga Universo Centro, esos cuatro pliegues mensuales que dan 20 páginas exquisitas. Y puedo decirlo, sin ánimo de ser complaciente, todos los editores sueñan hacer un medio que se reparta gratuitamente y tenga un público como el que va a esa plaza.

Algo más: una sola vez vi a un policía en la plaza. El tipo cayó a las 3, en moto. No se espantó por el humo. Ni se puso a requisar a los pocos fantasmas que quedábamos (era un día de semana). Simplemente cortó el chorro: le ordenó al muchacho del carrito de cerveza que se retirara. Muy práctico estuvo, hay que reconocérselo.

Cultura metro

Guardo para lo último la discusión más extraña que tuve en mi vida. Ocurrió en la estación Suramericana, un sábado soleado. Resulta que con una amiga local nos habíamos citado en el andén. Eran las 10 y fumé un poco camino a la estación. Antes de entrar compré jugo de naranja, por si el porro se subía demasiado. La idea era tomar el metro-cable hasta La Aurora o más adentro y recorrer una feria en un barrio del cerro y de paso tener una vista panorámica de Medellín. Me senté a disgusto en esos cubos de cemento que ofician de banquetitos. Pasó el primer tren y nada. El segundo y nada. Y al tercero, veo que el guardia de policía comienza mirarme. “Mmm, qué mierda le pasa a este pibe”, pensé. No tenía porro encima, por suerte. Pero ese no era el problema.

El policía del andén que tenía en frente era el que pedía por los altavoces, cuando llegaba un tren, que seamos

“solidarios” con los que necesitan un asiento en el metro. Lo decía de una forma tan estudiada, que parecía un mensaje grabado. Y entre tren y tren hablaba con su compañero uniformado de enfrente. Y yo, colgado de ese cielo hermoso, de esa temperatura cálida y eterna de Medellín, oí como si fuera un sueño aterrador que por los altavoces decía: “Señor pasajero, se le recuerda que está prohibido esperar más de dos trenes en el andén, tenga a bien aguardar en el hall de la estación”. Miré al policía, me estaba mirando. Éramos tres personas: él, su compañero y yo.

No puede ser el porro, era bueno, pero no para tanto. ¿Realmente esa era una “regla”?

Ahí nomás me vino a hablar el compañero del policía locutor. Vino con una sonrisa, era un pendejo. Me dijo que no podía esperar allí, que bajara las escaleras. “Discúlpeme, pero no entiendo cuál es problema. ¿Está prohibido esperar? ¿Dónde está escrito eso?”, le dije. Tenía los ojos bastante rojos, pero no me importaba. El pendejo, sin perder la sonrisa, me explicó que tenía la orden de no dejar que nadie espere más de dos trenes porque mucha gente se suicidaba... Me reí. “Mire, yo podría haberme tirado antes, incluso creo que por lo alto que estamos, si me tiro a la calle me mato igual”, le contesté. En ese momento recordé que también en Argentina está prohibido el suicidio, por Dios, que mundo de mierda.

Y el pendejo insistía. Yo creí que era una joda, un chiste de los dos policía que seguro que estaban más fumados que yo. Alguien me lo había dicho antes, “en Colombia, lo único que se aprende en el servicio militar es a fumar marihuana”. Venía un tren, crucé los dedos porque mi amiga viniera y se acabara esta alucinación. No tuve suerte. “Soy extranjero, no sabía esto”, le dije, como si tuviera que disculparme por no que-



Cachorro

barcaza en un día de viento, un contoneo perfecto, sonreían. Tenían pinta de campesinos, de hombres y mujeres que vinieron a la ciudad a hacer un trámite, a ver a sus hijos o a comprar ropa. Estaban rodeados de gente y los tres guitarristas, paisanos también, cantaban una de amor, con cierta picardía. Los bailarines se sabían la letra y la repetían con los labios, de memoria, pero sin usar la voz. Parecía que habían cambiado el tiempo, como si estuvieran en el patio de su casa bailando



Cachorro

rer acatar esa norma tan irreal. Y me la hizo cumplir, bajé las escaleras y cuando venía un tren subía para ver si llegaba mi amiga.

En una de esas, me quedé en el andén sin que se dieran cuenta. Venía el tren y el pendejo caminó apurado hacia mí. Me empezó a decir lo mismo de nuevo y como no sabía que responderle me subí al tren, mientras escuchaba como el otro por el altavoz decía: “Señor pasajero, sea solidario...”.

UC persiste en la benéfica idea de mirar hacia afuera, a otros centros. En esta ocasión, un conocedor de Nueva York nos enseña un lado distinto y poco advertido de la requetemencionada megalópolis.



HISTORIA DE DOS CIUDADES



Verónica Velásquez

Joaquín Botero

Los habitantes de Quito y Guayaquil y los de Madrid y Barcelona viven muy orgullosos de sus ciudades y disputan sobre cuál es más importante para la economía, las artes y el deporte en Ecuador y España respectivamente. Lo mismo ocurre con los habitantes de Manhattan y Brooklyn, las dos ciudades-condados más importantes de la ciudad de Nueva York. De entrada Manhattan lleva la ventaja porque cuando se habla de *The City*, se refiere a NYC, o sea la de los rascacielos, Times Square, el Parque Central, las grandes estaciones de trenes, la que día a día está transitada de distraídos turistas que se le atraviesan a los acelerados neoyorquinos.

Pero los habitantes de Manhattan no tienen el orgullo de los de Brooklyn. Una ciudad en sí misma donde la gente se casa, se divorcia, es encarcelada, va al teatro, visita museos, y hasta va al mar: a Coney Island, la famosa playa de la ciudad, donde además se encuentra un parque de diversiones que hace un siglo representaba lo que ahora es *Disneyworld*. Su más bello parque, el Prospect Park, no tiene nada que envidiarle al Central Park. Brooklyn tiene hasta su centro, su *downtown*, con sus oficinas públicas y sede de grandes empresas que ya no caben en Manhattan o se mudaron a edificios más espaciosos o baratos.

Hasta finales del siglo XIX, Brooklyn era una ciudad independiente de Manhattan. Con sus puertos, sus factorías y su clase dirigente que poco se transportaba por bote a la isla vecina. Walt Whitman y José Martí la inmortalizaron en sus crónicas, aunque luego la historia los inmortalizaría como poeta al primero y estadista al segundo. Las cosas cambiaron con el progreso y la construcción de los tres puentes que las conectan. Fueron integradas a una gran ciudad que absorbería también a El Bronx, Queens y Staten Island. Y

más puentes conectarían a todas estas islas.

Brooklyn sufre con sus pérdidas. Además de su autonomía hace más de un siglo, hubo un hecho significativo que marcó la historia de Brooklyn: perder la franquicia del equipo de béisbol Los Dodgers cuando se mudó en 1957 a Los Ángeles por unas mejores perspectivas económicas. Rompería los corazones de muchos fanáticos que gozaron cuando su equipo le ganó la Serie Mundial a los Yankees en 1954, y su estrella fue el famoso Jackie Robinson, el primer negro en jugar en las Ligas Mayores.

Más que analizar la perogrullada económica de que el crecimiento va del centro hacia la periferia, en Nueva York ocurre y seguirá ocurriendo un proceso llamado *gentrification* que se puede traducir como aburguesamiento. Los altos precios de los alquileres fueron empujando a los residentes de Manhattan hacia Brooklyn, y cada vez los empuja de unos vecindarios del mismo Brooklyn, a otros, como en una onda expansiva. Asimismo en el comercio, los negocios pequeños van claudicando a la presión del dinero.

Un ejecutivo y una modelo siempre serán relacionados con Manhattan, un obrero y una madre de familia serán más fácilmente identificables con Brooklyn. Gran parte de Manhattan representa la opulencia, el esplendor, el magnetismo, la apariencia, el abanico de razas sí, pero siempre y cuando la gente pueda pagar los arriendos. Gente de todos lados trabaja en los negocios sí, pero difícilmente la clase obrera podría vivir en Manhattan, más posiblemente en Brooklyn. En un restaurante mexicano en Manhattan existe una alta posibilidad de que los cocineros sean mexicanos, pero no los meseros ni los dueños. Mientras que en Brooklyn hay más chances de que todos sean mexicanos, hasta la mayoría de la clientela.

Manhattan es maquillada, lista para los ojos del turista. Brooklyn es cruda, auténtica, no oculta sus guetos separados, cada uno por su lado, quizás entremezclados en las orillas: los judíos ortodoxos que viven allí, los haitianos más allá, los polacos acá, los rusos en tal sector, los boricuas y los dominicanos en la zona tal donde hay tanta bulla.

Si al nacido en Brooklyn o a su residente se le pregunta de dónde es, se le llena la boca diciendo que es de allí, con presunción, casi con prepotencia.

“La única parte de Nueva York que sigue siendo tradicional y genuina, que honra su pasado”, dicen los viejos. El habitante de Brooklyn se ufana de que no tiene que ir a Manhattan. A menos de que tenga que desplazarse para trabajar, todo lo encuentra ahí. En la actualidad se construye el coliseo del equipo de baloncesto Los Nets que se mudará de Nueva Jersey donde nunca se llenaron las tribunas. En esa gestión tuvo mucho que ver el famoso rapero y empresario Jay Z, que creció en unos edificios subsidiados del gobierno cerca de donde transita la línea de trenes J, M, Z. Aunque ahora Jay Z viva con su mujer Beyoncé en un penthouse en Manhattan, aún dice que es de Brooklyn.

Uno de cada siete estadounidense puede rastrear sus orígenes en Brooklyn. Si Brooklyn fuera independiente, sería la cuarta ciudad en tamaño de Estados Unidos. Woody Allen creció en Brooklyn y en sus primeras películas evocativas de la infancia homenajeó su condado de nacimiento, aunque viviera en el Upper East Side de Manhattan. Spike Lee creció en Brooklyn y allí encontró inspiración para la mayoría de sus filmes, principalmente *Haz lo correcto* en la que se muestra mucho la vida de barrio y las tensiones raciales. Lee persistió en vivir mucho tiempo en el barrio de Fort Greene hasta que su esposa se cansó de que él fuera el centro de atención y los *brothers* estuviera a toda hora pidiéndole cosas.

Autores importantes como Norman Mailer, Arthur Miller, Thomas Wolfe y Truman Capote vivieron y escribieron obras importantes en Brooklyn. Ahora hay muchos renombrados que aún viven y escriben sobre Brooklyn: Paul Auster, Jonathan Lethem, Jonathan Safran Foer son algunos. El escritor español Eduardo Lago ganó el Premio Nadal con *Llámame Brooklyn*, su primera novela.

Hay actores que se mudan de Manhattan hasta Brooklyn en búsqueda de tranquilidad, menos luces y más ambiente familiar. Tras tener su primer bebé los actores Hedge Ledger y Michelle Williams se mudaron a Brooklyn. Luego de la separación, Ledger retomó su vida de soltero en Manhattan hasta que murió por una sobredosis de somníferos. Williams y

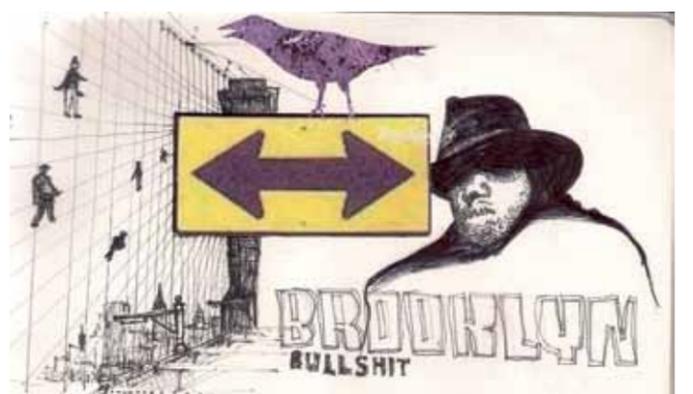


Verónica Velásquez

su hija Matilda siguen tranquilas en Brooklyn, mientras la madre sigue desarrollando una interesante carrera cinematográfica. El actor Paul Dano, que actuó de mudo en Pequeña Miss Sunshine y de predicador en Pozos de ambición o Petróleo sangriento, vive en Brooklyn y toca allí en una pequeña banda con amigos. Recientemente Williams y Dano actuaron juntos en una bella película llamada *Meek's Cutoff* que probablemente no tenga los ingredientes para que llegue al circuito comercial de Nueva York ni de Medellín, pero sí a un cine cultural en el centro de estas dos ciudades.

Hace diez años la serie de televisión *Felicity* trataba sobre las andanzas y la vida universitaria de esta joven y su entrecruce de amores en Manhattan. La actriz, Keri Russell, vive ahora en Cobble Hill, Brooklyn, está casada y tiene un niño de tres años.

El turista parte desde la alcaldía y cruza el famoso y bello puente de Brooklyn. Usualmente llega hasta la mitad, algo cansado toma fotos de los rascacielos, de los otros puentes, del río, y emprende el camino de regreso a Manhattan. Vale cruzar el puente hasta Brooklyn y experimentar una ciudad muy interesante y con muchas cosas por descubrir. Si algún día puede, vaya hasta el otro lado. Como el habitante de ciertos barrios de Medellín que por prejuicios estúpidos nunca va al centro y



Verónica Velásquez



**CONFIAR en la cultura
siempre dará ganancias:
Es soñar sin medida.**



LÍNEA CONFIABLE MEDELLÍN 444 10 20
www.confiar.coop



Demuestra que tu casa tiene el mejor espíritu navideño y participa por electrodomésticos Kalley para el hogar
Hasta el 17 de diciembre

la casa navideña 2010 de



Consulta las bases del concurso en:
www.telemedellin.tv
Aplican condiciones y restricciones

Apoyan:





La Medede

**Catalina Arango Patiño¹
y
Alberto Castrillón Aldana²**

Medellín se despliega coqueta entre las páginas de las guías turísticas. Desde 1906, cuando apareció su Primer Directorio General, nuestra ciudad posa frente a la cámara y frente a los ojos de prolijos escritores para mostrarse expandida, abierta, seductora, sorprendente, con ese dejo de modernidad que no quiere soltar.

Los turistas la beben, tragándose las letras de las páginas y saboreando las imágenes. Porque antes de sentirla junto a la piel, Medellín quiere ser devorada con los ojos: esa es la magia de las guías. Entre sus capítulos aparece lo que nuestra ciudad vanagloria y se esconden nuestros más íntimos secretos. Con cada paso de hoja el turista descubre nuestras vergüenzas, orgullos y proyecciones. Normalmente en los artículos periodísticos las fuentes son personas y sus palabras se hacen voz, en este texto los testimonios están impresos y las guías son quienes hablarán para contarnos de esas contorsiones que hace nuestra ciudad turística para convertirse en el objeto de mayor deseo.

Naturaleza generosa

La primera guía fue escrita por Isidoro Silva, “distinguido caballero bogotano que vive hace algunos años, con su familia, en esta capital antioqueña, que ha consagrado largas horas de su tiempo de vagar, á coleccionar datos y noticias interesantes relativos á Medellín, con paciencia de benedictino, con claro criterio y loables propósitos, a fin de dotarnos de una Guía medellinense, á usanza de las que se estilan en todas las ciudades de importancia”, dice la introducción.

Habla de una ciudad incipiente con todavía escasas atracciones turísticas como el Parque Bolívar, los Talleres y la Sociedad de San Vicente de Paul, la Universidad de Antioquia, el Museo y la Biblioteca de Zea, la estatua del Dr. Pedro Justo Berrío, el Teatro Medellín, el Cementerio de San Pedro y la nueva Catedral, estos dos últimos proyectos a futuro que incluso antes de ser construidos ya se consideraban dignos de ser vistos.

Pero fundamentalmente, esta visita guiada y directorio muestra una ciudad que se arma en conexión profunda con la naturaleza. Las montañas vigilantes, la abundancia hidrográfica, el verde espléndido, el clima prodigioso, la luz y la claridad rebotante son los ingredientes perfectos de una pócima de atracción bastante efectiva frente a la cual cualquier turista sucumbiría. “Recoja Ud. en su mente lo que en breves palabras acabo de apuntar sobre nuestra flora,

y agréguele mucho más que dejo en el tintero, por no extender fuera de medida esta carta, y podrá creerme cuando le diga que, al contemplar un bosquecillo de sauces á la orilla del río, de mangales, de pomos y cipreses, de guamos y otros muchos árboles, cree el observador que ha caído en gratisimo ensueño, porque la realidad de tanta belleza no se alcanza con los sentidos en estado de vigilia; y crecerá su admiración cuando desde alguna altura divise, en cuanto alcance la mirada, desde el inofensivo color verde de los prados, con reflejos de oro, hasta el sombrío y oscuro que imita por su concentración el de las más aquilatadas esmeraldas de Muzo” (...) “Dirá Ud.: ‘este escritor, aunque de modo imperfecto, como que tiene tendencia á pintarnos un paraíso.’ A lo cual responderé yo, buena y simplemente, que no tengo la culpa de que sea tan hermosa esta tierra”.

Itinerarios centrales

En 1916, aparece la Guía de Medellín y sus alrededores de Ricardo Olano (también conocido como Jean Peyrat), un personaje fundamental en la historia de nuestra ciudad: comerciante, industrial, periodista, miembro activo de la Sociedad de Mejoras Públicas y director de las revistas Alpha y Progreso. Con esta guía se intentaba “hacer un poco más agradable la permanencia entre nosotros de las personas que nos visitan, por eso escribimos estos ligeros y sencillos apuntes, que nos sabrán agradecer los turistas cultos, los que sepan apreciar una obra de arte, la belleza de un paisaje, una manifestación de progreso, o el color local de nuestras costumbres”. El caballero Olano susurra entre letras a un lector más pragmático que considera que su tiempo es oro y no hay minuto que perder.

Aparecen entonces los primeros itinerarios partiendo del centro de la ciudad, que durante muchos años fue el Parque de Berrío, para desplegar-se hacia lugares recomendados como iglesias y parques. Los trayectos se podían hacer a pie, en automóvil o a caballo y las instrucciones para no perderse y disfrutar al máximo de lo que debía ser mirado, son elementos fundamentales de la guía: “Un paseo de tres horas en automóvil por las calles de la ciudad, resultará muy interesante. Aconsejamos hacerlo entre las 9 a.m. y las 12, saliendo del Parque de Berrío y recorriendo el siguiente itinerario: PARQUE DE BERRÍO, en el centro comercial de la ciudad. Visítese el parque, que con frecuencia está muy florecido, con variedad de rosas. (...) El lado oriental donde está el parque presentan (sic) un aspecto interesante, con el amplio atrio, la catedral y los edificios modernos que lo completan. CALLE BOYACÁ. Están allí las oficinas de ‘El Espectador’ y ‘El

Correo Liberal’. Una placa de mármol indica la casa donde vivió y murió el Dr. Mariano Ospina Rodríguez, Presidente de Colombia. (...) PASEO DE LA PLAYA. Tómese la avenida izquierda. Este paseo se extiende a ambos lados de la Quebrada “Santa Helena” es el más hermoso de Medellín. (...) El paseo está rodeado de hermosas quintas. (...) CALLE JUNÍN. Hermosa calle de buenos edificios, algunos de ellos de estilo moderno. PARQUE BOLÍVAR. El Parque más grande de la ciudad, en el barrio Villanueva, sembrado de palmeras, acacias, guayacanes y otros árboles de hermoso follaje y flores abundantes. Artística fuente central. Por la calle Caracas hasta el Circo. (...) Visite el Circo de Toros, que es el mejor de Colombia. Ha sido adaptado últimamente para representaciones teatrales y de cinematógrafo. (...) PLAZUELA DE LA VERACRUZ. Iglesia de la Vera-Cruz edificada por los españoles. En una vetusta casa situada en la esquina sudeste de la plazuela, nació Atanacio Girardot, según lo indica una placa de mármol...”.

También en 1916, Germán de Hoyos publica la Guía Ilustrada de Medellín con más atracciones turísticas, entre ellas balnearios, baños que replican la idea romana de la diversión pública, recintos de entretenimiento como el Circo España, clubes y descripciones detalladas de calles y barrios que dan a la ciudad un aspecto de ampliación creciente. Asimismo, se incluyen consejos directos para los viajeros: tips para cambiar monedas de diferentes latitudes y sugerencias para escoger el mejor alojamiento: “Hotel Europa. (...) Hotel de superior clase, que cuenta con 40 piezas, para habitaciones, muestrarios y oficinas. Baños en la casa. Precios ¡\$2.00 y 3.50 diario con alimentación! El servicio del comedor y la cantina es conocido como el mejor posible. RESERVADOS LUJOSOS”.

Incluso se le recomienda al visitante los suvenires que pueden adquirirse en Medellín para llevar a casa: “UNA MONEDA DE ORO ANTIOQUEÑA. El dibujo de los grabados fue hecho por el maestro F.A.Cano. La moneda de cinco pesos (\$5) tiene el mismo valor intrínseco de la libra esterlina. OBJETOS DE ORO Y DE BARRO DE LOS INDIOS. D. Ramón Cuartas en la oficina bancaria de los Sres. Miguel Vásquez & Hijos, ha especializado en la compra y venta de estos artículos. GRANOS DE ORO DE LAS MINAS DE ANTIOQUIA (...) ALGUNAS OBRAS DE LITERATURA: Versos de Gutiérrez González, Epifanio Mejía. Frutos de mi tierra de Tomás Carrasquilla; (...) Inocencia de F. De P. Rendón; Sangre Conquistadora de Botero Saldarriaga; Cuadros de la Naturaleza, de J.A. Uribe; Kundry de Gabriel Latorre; Rara Avis de Gaspar Chaverra, etc., etc.”.

El brebaje del progreso

En 1923, con Medellín República de Colombia, vuelve Ricardo Olano a pintar su ciudad pero esta vez dirigiendo su discurso a los empresarios e inversionistas que nos visitaban. En esta guía la ciudad se muestra industrial, creciente, avasalladora económicamente. Hay reseñas de la Sociedad de Mejoras Públicas, la Cámara de Comercio, varios representantes de la industria bancaria y de las diferentes empresas de Medellín. Incluso los edificios empiezan a venderse por su carácter moderno y progresista más que por su conexión con la historia: “EDIFICIO OLANO. El más grande y moderno de la Ciudad. Hermosas y amplias oficinas. Ascensor eléctrico. Situado en el centro comercial de la ciudad, Parque Berrío”, dice esta guía en uno de sus anuncios publicitarios.

Además, en esta época Medellín se interconecta con el mundo, expande sus tentáculos y muestra sus alternativas. Hay muchas formas para llegar a ella: en vapor, en ferrocarril, en avión. “Más de diez líneas marítimas internacionales de importancia unen la República de Colombia con el mundo. Sean mencionados al servicio de Europa por la ‘Línea real Holandesa de Vapores’ y el de la América del Norte, de la América Central y de la América del Sur por la ‘Grace Line’. Tocan los vapores en los puertos de Santa Marta, Barranquilla (Puerto Colombia), Cartagena, Colón y Buenaventura. De Colón suben los aviones de la ‘Umca’ dos veces por semana, en cuatro horas hasta Medellín; desde Buenaventura se puede usar el ferrocarril hasta Cali y los aviones de la ‘Saco’ que necesitan solamente una hora y media para llegar a Medellín. Los pasajeros que bajan en Cartagena de su vapor van en ferrocarril hasta Calamar a orillas del río Magdalena, y de Barranquilla y Calamar es recomendable subir en los vapores de la ‘Naviera Colombiana’ atravesando las llanuras inmensas del río Magdalena hasta Puerto Berrío de donde pueden llegar los visitantes a Medellín por medio de los trenes del Ferrocarril de Antioquia”, escribe Hermann Oppenheimer en el Álbum de Propaganda de la ciudad de Medellín de 1935.

Asimismo, se menciona con elocuencia al Ferrocarril de Antioquia (como pasará en muchas de las guías de décadas posteriores) como “la obra civilizadora más querida de Antioquia”. Y se enfatiza que para los primeros años del siglo XX la obra ya ha mostrado sus primeros frutos gracias “al espíritu emprendedor e inagotable de los antioqueños” y a las incontables obras que se adelantan como la perforación del Túnel de La Quebra y el Hotel Magdalena que será construido en Puerto Berrío.

El progreso, entonces, es el hilo

Texto basado en la investigación *Del viajero al turista: de la geografía naturalista y pintoresca a los recorridos urbanos*, de la Universidad Nacional de Colombia.

¿Dónde que posa

conductor de todas las narraciones de las guías entre los años veinte y cuarenta. “Quien viene por primera vez a Medellín se sorprende de encontrar en la zona tropical una ciudad tan moderna, agradable y progresista. Estas características se deben a su situación favorable, a su clima excelente, a la riqueza natural de sus alrededores y a la inteligencia, tenacidad y diligencia de sus pobladores”, dice el Álbum de Propaganda de la ciudad de Medellín.

Pero lo más importante de esta época es que en las guías se amplía el horizonte, el centro deja de ser el núcleo de lo turístico y la ciudad hace su sístole. Se recomienda entonces visitar Belén, Robledo, San Cristóbal y Bello, para finalmente sugerir un paseo a oriente. “Un paseo de gran sensación, que ningún turista debe dejar de hacer y que pone ante sus ojos los panoramas de Suiza, es trasmontar la más alta cordillera de las que circundan la ciudad, por el Tranvía de Oriente. Obra de un atrevimiento único en el País, es la demostración más palmaria del poco caso que hacen los antioqueños de los obstáculos de la naturaleza, cuando un grande ideal pone su voluntad al servicio de su inteligencia”, dice la Guía para viajar por el departamento de Antioquia publicado por el Tranvía de Oriente en 1927.

Después de los cuarenta, se presenta un punto de giro que cambia la mirada del turista de la visión de edificios y empresas a la recolección de experiencias, a la cercanía con la vivencia. Hace su aparición el color local, las particularidades, las sensaciones extasiadas que pueden ofrecer los eventos únicos que nacen en Medellín. Se habla con propiedad de las fiestas populares que “...revisten gran interés para el turista porque en ellas se exhiben costumbres, comidas, canciones: los sentidos bambucos, instrumentos y trajes, aun cuando éstos no son vistosos, sí raros, especialmente para llevarlos”, afirma Alfonso Villegas Montoya en la Guía Turística de Medellín publicada en 1943.

También los textos empiezan a jugar con imágenes que evocan sabores y hacen agua la boca de los turistas a través de la descripción de las comidas típicas: “estas, sin ser finas, son de un sabor deliciosamente agradable y son motivo de recordación grata para el turista. Así tenemos, por ejemplo, la ‘arepa’; ésta se usa en lugar de pan, para acompañar las comidas”. Incluso, se empiezan a evidenciar los diferentes caracteres con los que la ciudad se mostrará en adelante: una ciudad cultural, epicentro artístico; una ciudad hospitalaria, vanguardista en la ciencia; una ciudad deportiva, centro de eventos de este talante; y una ciudad universitaria, locación de varias instituciones educativas de alto prestigio nacional.

Memorias proyectadas

Por su parte, en las guías de los 60 y 70 hay una pugna: entre lo tradicional, el mundo rural, lo que nos hace antioqueños, con inclusión del carriel, la ruana, los campesinos vestidos a la vieja usanza, los caminos de herradura, la tradición cafetera con la chapolera, el cafetal y la mula; y lo moderno (o modernista), las enormes carreteras, los edificios vanguardistas, las obras de urbanismo progresista. Y entonces lo rural se escenifica en la ciudad y lo moderno se mezcla con lo ancestral. “El Antioqueño residente en Medellín es aficionado al campo, en los días festivos se organizan paseos a los alrededores aprovechando la frescura y la exuberancia de la naturaleza, vestido con el traje típico, canta y danza los aires folclóricos”, afirma Medellín guía-guide, publicado por la Oficina de Fomento y Turismo de Medellín en 1960, al pie de una foto que retrata un grupo mixto de bailarines folclóricos en plena acción de ritmo de cumbia o bambuco rodeados por un paisaje muy verde; como si todos los paseantes domingueros de Medellín pusieran en escena aquellos espectáculos dancísticos.

Adicionalmente, los eslóganes hacen su aparición: “ciudad de la eterna primavera”, “tierra de contrastes”, “ciudad de las flores”, “capital nacional de la moda”, “capital de la montaña”. Las guías empiezan a incluir enormes fotografías, acompañadas de pies de página con descripciones precisas —cargadas de adjetivaciones— o datos históricos y arquitectónicos. Las fotos empiezan a mostrar un tono distinto para registrar la ciudad, ya no es tan informativo como poético porque la ciudad empieza a aprender realmente a posar frente a la cámara: ya cada rincón sabe su mejor ángulo.

Hoy, la ciudad se gana el protagonismo por encima de escritores y fotógrafos casi invisibles. Las guías son manuales o “fichas de supervivencia” llenos de instrucciones fragmentadas donde los textos evocan menos que las fotografías. Las cartillas están llenas de infografías, esquemas, cuadros sinópticos y líneas de tiempo. Los libros de gran formato de la ciudad se han convertido en objetos de colección. Los nombres de los genios detrás de esas visiones mágicas de ciudad pocas veces salen a flote, asomándose detrás de la penetrante sombra de las administraciones locales. Pero los cuerpos de los turistas se hacen cada vez más esponjosos para captar las fantasías de los libros y vivirlas por medio de esa geografía íntima y expandida que es su propio cuerpo cuando llega el tiempo de viajar. **UC**

1 Comunicadora Social-Periodista. Especialista en Estudios Urbanos, docente-investigador.
2 Profesor Asociado Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.



Medellín en Roberto Bolaño Pregnant Fantasies

La Medellín de dos escritores.
Reconocida como un pedazo del mundo
donde puede ocurrir una historia.
Medellín, teatro literario.

Pascual Gaviria

Sería imposible reconocer a Medellín en las páginas de la *Prefiguración de Lalo Cura*. Nada en esa ciudad donde transcurre un cuento de putas y mafiosos nos ayuda a encontrar el valle que un poeta enmarcó en una copa quebrada de picos montañosos, donde los afanes humanos son apenas un resto que el sol requema. Pero Roberto Bolaño decidió que un cura latinoamericano, pobre como las ratas, apareciera “una noche por Medellín dando sermones en cantinas y burdeles”. Así que la historia de un Helmut Bittrich, un alemán dedicado a filmar cine porno para narcos en Medellín y hombres de negocios en Europa, y de Lalito Cura, el hijo de una de las actrices de esas alegóricas y jadeantes películas, transcurre en esta ciudad que todavía hoy es experta en putas, ahora llamadas prepagos, y en mafiosos, ahora llamados bandidos emergentes.

Bolaño no deja ver nada de la ciudad. No la conoció, según creo. Apenas un cielo azul en la llegada de dos de las actrices que venían de fingir orgasmos para sus clientes en Nueva York. También se alcanza a adivinar un taxista “tan viejo y gastado que cuesta creer que sea real”. Mi imaginación de lector adivina que llegaron al Olaya, ese aeropuerto en el que se saludaba a los viajeros en la pista desde una terraza de promesas: “Connie y Mónica llevan lentes negros y pantalones ajustados. No son muy altas pero están bien proporcionadas. El sol de Medellín alarga sus sombras por la pista vacía de aviones... No hay nubes en el cielo. Connie y Mónica enseñan los dientes. Beben Coca-Cola junto a la parada de taxis y fingen poses turbulentas. Turbulencias aéreas y turbulencias terrenas”.

Aunque no hay lugares reconocidos ni características geográficas ni guñón sociológicos ni ramplonería de cuento narco, la historia de Bolaño tiene algo de la “sicaresca antioqueña”: es narrada por un matón, un sicario sin alardes que sueña haber visto las vergas del Pajarito Sánchez, Sansón Fernández, Praxíteles Barrionuevo y Alvarito Fuentes mientras estaba hecho un ovillo en la barriga de su madre, la pequeña Connie Sánchez que seguía trabajando con su fruto de siete meses. “Pregnant Fantasies”. Quizá Bolaño escogió a Medellín y al barrio de los Empalados (un buen apelativo para Envigado según me dice un bolañista empedernido) para que Lalito Cura se sintiera cómodo y no tuviera necesidad de explicar sus hazañas de gatillo, para que pudiera sentarse a recordar sus días de infancia en el “chalet de las películas”, en las fueras de la ciudad cerca del “gran baldío”.

Esa casa de aires inocentes, llena de gansos y perros en el jardín, tapada a la

vista de los mirones con zarzas y arboledas, con una puerta corrediza obligada a abrirse 10 veces en una mañana, es uno de los lugares típicos de nuestra ciudad. La casa del porno, “la casa de la soledad que luego se convirtió en la casa del crimen”. Una casona que es un muro de leyendas. A la manera del taxista curtido, Bolaño logra encontrar la dirección en el laberinto de lomas en el sur de la ciudad. Hace poco supimos que la gran casa de los Castaño Gil en El Poblado, no muy lejos del barrio de los Empalados, está todavía en manos de sus mandaderos, de un albañil convertido en el guardián implacable de una caja fuerte. Para Lalito esa casa de orgías y disparates sexuales dirigidos por un alemán, de muertos a los que los gansos picotean la gota prometedora de los ojos, no era “más que la casa del aburrimiento y a veces el asombro y la felicidad”. Una definición que se puede acomodar a Medellín vista con ojos desprevenidos, habitada por quienes logran opacar un poco las tragedias. Ya que evitarlas es imposible.

Pero Bittrich no es solo un mercenario de polvos latinoamericanos. También es un esteta a su manera. Siguiendo sus gustos líricos se puede encontrar algo de Medellín en el sonido de sus películas. Las lluvias del trópico son una de sus debilidades lejos de la carne. Las graba en cintas de alta calidad: captura el estruendo de los rayos sobre las montañas, el golpe amortiguado de hojas de las ramas que se desgajan, la lluvia persistente contra los vidrios. Es un naturalista, un coleccionista de tormentas. “Para sus películas, decía, para conseguir un toque local, pero en realidad los apreciaba porque sí”. Nada distinto de lo que hace Win Wenders en su *Historia de Lisboa*, poner a un ingeniero de sonido a comprobar una frase de Pessoa con la ayuda de los micrófonos: “A plena luz, incluso los sonidos brillan”.

Para terminar el repaso de ese Medellín incierto que se adivina a pedazos en la *Prefiguración de Lalo Cura*, intentaré rodar una de las películas de Bittrich, *Barquero*, sobre una esquina de la ciudad que vemos todos los días. Solo para hacer de escenógrafo. La película transcurre en una ciudad ruinosas, las chicas recorren basureros y caminos despoblados, “uno podría creer que se trata de la vida en Latinoamérica después de la Tercera Guerra Mundial”. Todo está cruzado por un río de cauce ancho y aguas tranquilas. Muy pronto se arma una orgía entre los jugadores de cartas de una cantina de segunda, hombres armados, y las dulces caminantes. Uno de los jugadores, el de mejor suerte, tiene atada una balsa maltrecha en la orilla del río. Es el barquero. Luego de la jodienda colectiva el hambre y la enfermedad caen sobre la fonda, los jugadores y folladores ahora caminan por entre los matorrales cercanos al río buscando comida. Al final una sutil escena de canibalismo donde solo el barquero con sus cartas blancas sale bien librado. Todo eso sucede, digo yo, en Barrio Triste y sus alrededores. Allá están a

Medellín en George Steiner Estampas de M.

Juan Carlos Orrego

José Manuel Marroquín decía que la literatura servía de poco si no era para hacernos soñar con lo que no tenemos, y, válido de esa convicción, hizo de un caballo parlante el protagonista de *El Moro*. Por supuesto, se trata de un apetrío de extravío que trasciende los vapores de la Zona Tórrida: en la fría Europa, alguien como Julio Verne hubiera sido el último en negar dicha máxima, habida cuenta que escribió decenas de novelas que ocurren en todas las épocas y en lugares en los que, ni por asomo, puso un pie. Su frenesí lo llevó incluso a imaginar que una isla de la Tierra del Fuego podía ser hábitat natural de los hipopótamos.

Imaginación sin brida es lo que hay en el cuento *A las cinco de la tarde* (2006) del crítico George Steiner, cuyos ensayos sobre literatura y cultura han robado cualquier posibilidad de fama a sus ficciones. El relato de marras, insospechadamente, tiene como tema y escenario a Medellín, con independencia de que el ensayista franco-estadounidense conozca nuestra capital departamental tanto como pudo hacerlo, un siglo atrás, su paisano Verne. La trama es esta: un puñado de poetas mexicanos, acólitos de Octavio Paz, visita a Medellín (“M.” en aquellas páginas) con la idea de leer poemas en medio de la guerra del narcotráfico, interesados en probar la tesis de que un verso puede detener una bala. No hay tal, por supuesto (entre otras cosas porque el prodigio, que se sepa, apenas ha sido posible en *El milagro secreto* de Jorge Luis Borges): un patriarca del hampa los obliga a componer una elegía en memoria de uno de sus lugartenientes caídos, y les paga con las únicas monedas que pueden escupir los revólveres de su séquito.

Quizá fuera lícito decir dos o tres cosas acerca de la factura, propiamente dicha, del cuento: objetar, por ejemplo, que su desarrollo es lento, que los personajes secundarios son planos como en las sátiras antiguas y que el final, con la cuenta de cobro pagada con proyectiles, no es del todo verosímil. Pero que otros critiquen al crítico: en este opúsculo apenas interesa echar un ojo a la Medellín inventada por el autor de *Pasión intacta*. A fin de cuentas, no hay otra forma de ser turista en la propia tierra: todo lo que digan los paisanos radicados en Queens, de visita en una Feria de Flores, no son más que aspavientos narcisistas de falsos desmemoriados.

La Medellín de Steiner no podría parecerse más a los retazos de Colombia incluidos en *Romancing the Stone*, aquella película dirigida por Robert Zemeck-

kis, profusamente *indianajonesesca*, en que Michael Douglas y Danny de Vito se pelean por una esmeralda. La semejanza radica en la pátina de incuria popular y quincallería tercermundista con que se pintan nuestros escenarios o, mejor, los que pretenden representarlos: mientras que en la película los autobuses son carromatos ruinosos atiborrados de viejas y gallinas, en el cuento se llega de Bogotá a M. por caminos de tierra y los policías se asfixian en comandancias que parecen baños turcos de condominio motelero (como si fuera poco, las basuras se amontonan en todas las calles, las vitrinas de las tiendas están rotas y el servicio de hotel incluye moscas y agua turbia). También está al día el delirio geográfico y cultural: en el filme de Zemeckis desfila una llama andina no muy lejos de Sabanalarga (Atlántico), en tanto que, en el relato de Steiner, los matones antioqueños llevan nombres de corrido mexicano —Juancho el Tigriño o Jesús Soto—, hay *federales* como los que patrullan más acá o más allá de Tijuana, y las estaciones de la primavera y el verano aderezan nuestras jornadas.

Las espantadizas señoras y los severos clérigos —acaso suscriptores de *El Colombiano*— que pusieron el grito en el cielo cuando Barbet Schroeder llevó al cine *La Virgen de los Sicarios* del ácido Vallejo, tendrían motivos para atizar una nueva hoguera. Porque, más allá de los lamperones de mugre inventados en el párrafo precedente, M. se acomoda en el ojo del huracán y por completo desprovista de sus más famosas galas. Por ejemplo, se le endilga la ruda perífrasis de “Capital del asesinato en las Américas” (aunque ahora podría alegarse, con toda justicia, que se trata de una etiqueta con datación a. C.: antes de Caracas). Aun así, algunos crearán más descorazonador el otro rasgo que se le atribuye a la villa mestiza: que en ella nunca se ha celebrado un festival de poesía, toda vez que la ciudadanía entera —ciegos de plazoleta, muchachos vagabundos, señoras que acaban de emerger del supermercado, mafiosos altruistas— parece no tener idea de lo que es un recital, hasta que los profetas mexicanos condescienden a iluminar sus vidas secas. De hecho, un sargento de policía toma los nombres de Blake y Rimbaud por los de temibles activistas de Sendero Luminoso (¡para volver a los trastornos del mapa!).

Sólo un par de atributos pálidos de M. provocan una innegable sensación de familiaridad. El primero corresponde al informe de que los cines agotan sus entradas cada vez que se proyecta una “epopeya criminal”, estampa que anticipa nuestros frenéticos días de tetas, paraísos, capos y carteles en la pantalla chica. El otro apunte, de un costumbrismo socarrón, pone en boca de quien debería ser ecuánime funcionario público la muletilla “Dios mío”: esa misma que, propagada

la mano las cantinas desechas y las putas, los hombres jugando cartas a la luz de una vela, los sonámbulos recorriendo las orillas del río bajo el puente de San Juan. El barquero es un hombre endurecido que saca material de playa en las curvas del río. Un Caronte deslucido que ayuda a sus compañeros de naipes a cruzar el último río, un humilde barquero de la muerte para Medellín. “Película profunda como pocas, solía recordar Doris...”.

*El cuento se puede leer en el libro Putas Asesinas publicado por Anagrama en 2001. UC



por todo el planeta gracias a nuestros piosos deportistas, ha terminado por hacerse más representativa que el lema de “Libertad y Orden” del escudo patrio.

No puede negarse que la imaginación literaria de Steiner mucho tiene de previsión turística. El quid del asunto radica en que el turismo no hace previsibles las realidades concretas: su lógica lo lleva a promover blandos *déjà vu* que ya cargan el veneno ilusorio de su constatación. Sin que importen los limpios goles de Totti, Roma siempre será una ciudad de sucios gladiadores, del mismo modo que nuestros refinamientos metropolitanos no lograrán cambiar la chillona y triunfante imagen de nuestro abatimiento tropical. UC

* El cuento fue publicado, originalmente en inglés, en 2002. La versión en español data de 2006, y puede leerse en *Revista Universidad de Antioquia* N.º 285.



GUTENBERG

ERREMORA

Desde niño había subido infinitas veces por la calle Calibío, corriendo casi, por ese callejón que se formaba entre el antiguo Palacio de la gobernación y una serie de edificaciones bajas de ladrillo. Subía por allí todas las mañanas desde Cundinamarca, después de bajarme de un bus atestado que venía del norte, corría Calibío arriba hasta la Plazuela Nutibara para tomar otro bus atestado, el doble, que me llevara hasta el extremo sur; y ya iba tarde como siempre y el timbre del Inem ya estaba por sonar llamando a la primera clase.

Calibío es de las pocas callejuelas peatonales que existen en el centro de esta ciudad y siempre estaba intransitable. Obreros a las fábricas. Oficinas a la oficina. Ascensoristas al ascensor. Vendedoras al almacén. Barberos a la barbería. Maestros a la escuela. Estudiantes al tablero. Putas a la casa, porque la noche acababa de acabarse. Un mar de gente y yo tenía que esquivar cada cuerpo que caminaba con mucha prisa. Siempre me daba la impresión de que iba a morir aplastado. Eran los ochenta y nunca miré al cielo mientras caminaba por ese callejón. Barberías en el costado sur, y algún café, es lo único que recuerdo. El viejo hotel de la esquina no existía para mí. Veinte años después, una madrugada de esas calurosas, tomado de la mano de una mujer bellísima, estaba tocando un viejo y ruidoso timbre para que nos abrieran sus puertas.

Bajamos del taxi justo en la esquina de Carabobo con Calibío. No se veía un alma. Lu me tomó de la mano y nos adentramos unos metros en el callejón. Vamos al Gutenberg, me había dicho cuando decidimos pasar lo poco que quedaba de la noche juntos y lejos del resto de nuestros amigos con los que nos emborrachábamos en el puesto de licores de la gasolinera de Colombia. Yo no tenía la más mínima idea de cuál lugar hablaba la chica, pero subimos al primer taxi que pasó y en menos de ocho minutos estábamos en el centro de Medellín. Un viejo y austero edificio de ladrillo, de aquellos que los arquitectos llaman Art Deco, se levantaba ante mis ojos.

Subimos la escalera hasta llegar a una puerta vidriera gigantesca con marcos de madera pintados de un amarillo pálido. Seguí a Lu, que empujó el portón.

Delante del habitáculo que hacía de recepción, había un hombre de aspecto campesino, de unos treinta y cinco años, bigote negro, el faldón de su camisa verde claro metido dentro de la pretina del pantalón. Se le formaba una enorme bombacha en la espalda. Las mangas de la camisa remangadas dejaban ver sus antebrazos tostados por el sol. Una pequeña tula sintética era todo su equipaje, además de una gorra de béisbol desteñida y del poncho que colgaba de su hombro izquierdo. La habitación vale quince mil, señor, descargó la recepcionista adormilada. El hombre sacó los billetes y la mujer le dio una llave atada a un trozo de madera. Lu y yo esperábamos detrás. Cuando el hombre desapareció al doblar un pasillo, la mujer nos miró. Sólo me queda una pieza múltiple. Se las puedo abrir, pero con un recarguito de cinco mil. Acento paisa remachado. Soltamos una carcajada suave y le dimos los billetes. Ella misma nos acompañó hasta la enorme puerta de dos batientes... Cuantos años tiene este hotel, le pregunté a la mujer. Hmmm, no séééé, muchos, respondió con sueño, pero sin bostezar.

La enorme puerta doble tembló cuando la mujer abrió.

Una vez adentro, soltamos una carcajada al ver el enorme salón en el que había varias camas impeca-

blemente tendidas, a la usanza de los pueblos. No recuerdo cuantas camas, pero reí aun más cuando Lu me dijo divertida: escoge una. Sí que tenemos variedad, ¿no?. Y soltó una de sus risotadas tiernas mientras entornaba los ojos.

Me gustan los viejos hoteles.

Abrimos una de las ventanas, porque esas ventanas invitaban a ser abiertas de par en par, y la calle Carabobo apareció solitaria, silenciosa, como extrañando el ruido de las tardes. Implorando el bramido de los buses y los pitos y todo el humo negro que sube al cielo cada día. Nos paramos a fumar nuestros cigarrillos. No quedaba una gota de ron en la botella. El aire estaba muy quieto, el silencio de la calle asustaba, pero no aterraba más que el silencio que aparecía en nuestros rostros cada vez que dábamos una fumada a los Marlboros.

Allí parado imaginé historias de pasillos. Venían a mi mente almas cansadas buscando el sueño y sudores de parejas mordiéndose los labios bajo sábanas ásperas y con aroma a Descurtol Indio. ¿Acaso aquel hombre que nos encontramos en la recepción venía huyendo de su pueblo?

Los años han pasado.

El hotel Gutenberg no era un hotel glamouroso. No servía banquetes ni había room service con pancakes y miel. No. No iban allí gringos blanquiñosos ni europeos mal olientes a drogarse... El hotel Gutenberg no existe. El hotel Gutenberg no ha existido nunca. Se llamaba hotel Universo, pero la gente de estos lados del planeta siempre se refería a él como el Gutenberg. Dicen las historias que en sus salones funcionaban los talleres de la tipografía Bedout, pero ya en los ochenta alojaba a viajeros pueblerinos agotados, que venían a la ciudad a cerrar algún negocio y a parejas de universitarios que buscaban un polvo tranquilo en una habitación barata y limpia. Me gustaba el Gutenberg. Ahora ni se atreven a mirar lo que hay allí.

ED
G
U
T
E
N
B
E
R
G.

Leí en letras de molde vaciadas en cemento en lo alto de la ochava, cuando alcé los ojos y la luz del sol me castigó con furia. A esa hora de la mañana sabatina, Calibío ya era el hervidero que recordaba de aquellos días del colegio. UC



MEDELLÍN IMPARABLE

CON LA CIUDELA NUEVO OCCIDENTE

MEDELLÍN OBRA con amor

Alcaldía de Medellín

XI Festival de Cine y Video de Santa Fe de Antioquia

La Nueva Ola Francesa Diciembre 8 - 12 de 2010

- ★ **Muestra central**
- ★ Un director: François Truffaut
- ★ **Caja de Pandora, lo mejor del audiovisual colombiano**
- ★ **Muestras especiales**
- ★ Para verte mejor
- ★ Programación Académica

Homenaje a 25 años Teleantioquia

Organiza

Apoyan

Gobernación de Antioquia
Secretaría de Educación para la Cultura
Antioquia para todos.
Mamas a la obra!

Festival de Cine Colombiano en Medellín
Agosto 22 al 26 de 2011

Ministerio de Cultura
República de Colombia

ALCALDÍA MUNICIPAL SANTA FE DE ANTIOQUIA ES MÁS

Cra. 51 N° 52 - 03 Palacio de la Cultura Of. 313 / Teléfono (57 - 4) 251 68 88 Medellín / Telefax (57 - 4) 853 39 88 Santa Fé de Antioquia
organizacion@festicineantioquia.com / comunicaciones@festicineantioquia.com
www.festicineantioquia.com

DES RECOMENDADOS

Siempre hay quién recomiende lugares para visitar en una ciudad. Habrá hasta algún descarado que aconseje visitar la choza de Marco Fidel Suárez, por ejemplo. Te dicen: No dejes de ir, cuidado te vas sin conocer... Aquí, por el contrario, nuestros invitados nos advierten sobre algunos destinos turísticos clásicos de esta capital de la montaña: No vayas, no lo hagas, ¡cuidado!

LAS PEORES COSAS EN MEDELLÍN

Eduardo Escobar

En Medellín hay dos lugares a los que ya no vale la pena ir: el Parque Bolívar con sus orquídeas, sus balsos, sus ceibas y su Basílica y la estatua del hombre que le presta el nombre, en cuyos límites vivían las familias de los jefazos de la ciudad de antaño, ahora convertido en un antro dantesco; y Guayaquil, el barrio del pobre carnaval de los pobres donde antes se mezclaban las putas de los pobres con los ladrones de los pobres, convertido en cueva de burócratas. El Parque de Bolívar es un gran estercolero: mendigos, palomas, enfermos, refugiados de la violencia y loteros ciegos cantando la lepra de su gordo, y Guayaquil, el centro de la administración de la ciudad.

Las ciudades evolucionan. Pero yo no puedo evitar sentir que el Medellín de mis nostalgias evoluciona en una dirección equivocada y triste. La última vez que pasé por el Parque Bolívar había un hombre en el atrio metiéndose un clavo enorme por la nariz, como si

no hubiera suficiente con el santo torturado (y traicionado) que presidía la Basílica a sus espaldas. Y en Guayaquil por poco me atropella el tropel de los escoltas de un secretario de cualquier cosa poniendo cara de bueno en un automóvil de alta gama.

Las mejores pruebas de que Medellín no evoluciona bien desde la de mis entretelas en el sentido de la felicidad son el Parque de Bolívar y Guayaquil. Antes el parque perfumaba a pesar de la cercanía de los prohombres, y la gerentocracia de los caballeros del santo sepulcro bien blanqueados. Y no se refugiaban frente a los balsos y los carboneros y las ceibas los defraudados de la tierra, a quienes no les quedó más remedio que ser fieles a sus vicios cuando no les quedó otra cosa que mereciera su fidelidad. Ni la Basílica de ladrillos cocidos más grande del mundo, ni la estatua llena de gravedad de Simón Bolívar en su caballo, recogiendo un poco de aire con su sombrero de gala, ni los habitantes de las casonas que bordeaban el Parque, líderes pragmáticos de una ciudad entonces fundada en un capitalismo patriarcal.

Ahora el Parque de Bolívar dejó de ser un lugar que prometía una incierta felicidad. Porque cuando cerraron a Guayaquil, por esos

movimientos irracionales propios de los cálculos del espíritu progresista que se confunde con la codicia en todas partes, para dar paso al centro administrativo, el carnaval de Guayaquil corrió a ver lo que pasaba en el Parque Bolívar. Aunque los prohombres habían huído hacia las lomas de El Poblado.

No vayan a Guayaquil, que ya no es lo que fue, excepto si andan en busca de un contrato. Ni al Parque de Bolívar, excepto si aspiran a ser atracados. Ya no circulan los Echavarría pasando en sus Cadillac, ni Gutiérrez, el que fue ministro en la Oea o yo qué se dónde, ni su hermosa hija que tenía una ceja crespa y la otra serena. En Guayaquil desamparado de sus hampones apagaron las pianolas de tangos torcidos para dejar paso a los burócratas en sus edificios inteligentes, más inteligentes que ellos mismos muchas veces. Fernando González dijo que Medellín era bueno cuando los Echavarría estaban chiquitos. Yo qué sé. Quizás estaba sobrado de razones. Y por eso se fue a vivir a Otraparte, en Envigado. Y así no tuvo que ver los destrozos de la avenida oriental que se llevó por delante la casa de Dora Ramírez. Aunque quedó la de Rocío Guzmán, una muchacha de una belleza que ni para qué te cuento. Pero, ¿qué se haría Rocío Guzmán? **UC**

EL DIMINUTIVO DE PUEBLO

Enrique Lozano

De antemano pido disculpas a quienes sientan pisados sus callos [quizá debería decir callitos— por el siguiente desrecomendado de Medellín: no vayan al Pueblito Paisa, de verdad, su visita es innecesaria y redundante.

La proclividad de nuestra cultura colombiana a usar los diminutivos para cualquier cosa que no sea su uso corriente —denotar la disminución de tamaño en el objeto designado—, me hace estar siempre en guardia contra ellos. Dicho lo anterior es posible imaginar mi crispación ante un lugar que no sólo lleva el diminutivo en su nombre sino que lo luce con el orgullo de representar a toda una cultura: Pueblito Paisa. Está claro que en este caso el uso gramatical del diminutivo sí es correcto pues uno sube un cerro que es, en efecto, un cerrito de 80 metros, y allí se encuentra una iglesita, una escuelita, una fondita, una casita con balcones, y una botica (palabra que parece colombiana pues trae su diminutivo incorporado).

Medellín es, todos lo sabemos, la cuna y la meca de la cultura paisa. Todo en esta ciudad es, huele y sabe a paisa (hasta el sushi que uno se come en el Parque Lleras). Y que en un país como el nuestro, tan dado a la imitación de lo extranjero, exista un lugar tan consistente en su cultura es algo que uno no sólo agradece sino que desearía fuera un fenómeno más extendido en nuestra geografía. Por esto es descabellado que a alguien se le haya ocurrido construir cuatro o cinco edificaciones a escala en la cumbre de un cerro para representar la paisanidad. En lugar de esto salgan a la calle, vayan al Parque de Bolívar un domingo y ahí encontrarán de verdad una plaza paisa no sólo de tamaño real sino una que es, sin dudar, un reflejo actual y verdadero de esta compleja cultura. **UC**

FUSIÓN Y DEPRESIÓN

Mario Mendoza

La primera vez que visité Medellín, ya como escritor que iba a promocionar sus libros, me llevé unas desilusiones tremendas. No sé por qué la gente cree que a todo el mundo le interesa la comida fusión, las nuevas mezclas culinarias, cierta sofisticación que está de moda a la hora de comer. Recuerdo entonces que me llevaron a varios lugares, algunos de ellos en el Parque Lleras, donde la carta era carne de cordero en salsa de kiwi, arroz teriyaki con camarones y mango, paté de fois con macadamia y verduras al horno, calamares fritos en salsa de papayuela y cosas por el estilo. Supongo que deseaban mostrarme que Medellín era una ciudad cosmopolita que había dejado atrás su tradición

montañera y campesina. Varios días seguidos tuve que aguantar ese menú internacional de comida fusión y demás esperpentos. Lo peor era que teníamos que acompañar la cosa con un buen vino de la casa del marqués de no sé qué. No quiero ni mencionar los precios porque la depresión del recuerdo aumenta. No se pagaba menos de cien mil pesos por persona, y a los cuarenta minutos el hambre continuaba intacta. Creo que bajé dos o tres kilos esa semana. Fue lo único positivo.

Siempre he lamentado el hecho de no haber podido decir la verdad, quizás porque no quería herir el entusiasmo de los que me invitaban con las mejores intenciones. Y la verdad es que me encantan los frijoles con arroz, el chicharrón, las sopas bien hechas, las tortillas, los guisos, las lentejas con chorizo y las carnes al horno con chimichurri. Esa comida donde se siente en el aire el aroma de la cebolla, el tomate y el ajo, y que da tanta alegría compartir. Y lo mejor: que se puede acompañar con una cerveza bien fría. **UC**

EL PASEO DE LOS ALUMBRADOS DEL RÍO

Andrés Burgos

Son recargados como un postre de mafioso. Pero ese no es el problema. Que tire la primera piedra quien no haya gozado alguna vez con la desmesura, ya sea en forma de perro caliente callejero o como implantes mamarios de una grilla. Así es nuestro rococó y hay que quererlo, cual hermano bazuquero.

Además estamos en navidad (desde el primero de noviembre a casi marzo) y hay licencia para abandonar la cordura estética.

Lo malo, como tantas cosas en la vida, llega con la cercanía.

Maldito el día en que se decide poner un pie en ese tapiz de salpicaduras de grasa reciclada, donde se resbalarán los indigentes el resto del año: reino de copiosas muestras gratis de calor humano no solicitado, exposición de ombligos al aire que de existir un dios jamás deberían haber visto la luz, vitrina de cachuchas que traen los mechones de pelo artificial ya incorporados y desfile de gente comiendo oreja u hocico fritos, seres indoblegables en su propósito de aprovechar hasta el último gramo de un marrano. Todo adobado con el fondo musical del pito de un tren reclutador de insomnes desde Las Palmas hasta Guayabal.

El vano consuelo para el visitante, si apunta bien la cámara, será que nada de esto saldrá reflejado en las fotos. Tendrá como premio a su sacrificio unas bonitas postales y si es sensato las esgrimirá como salvoconducto para no volver el año siguiente. **UC**

BARRIO LLERAS

Héctor Rincón

Pensándolo mejor sí. Sí sería el guía de algún interesado en ver cómo un desarrollo a lo bestia privó a una ciudad de un lugar que pudo ser bello y festivo y bucólico, pero que las agallas de negociantes de mirada corta lo hicieron atiborrado, peligroso, ruidoso e indeseable.

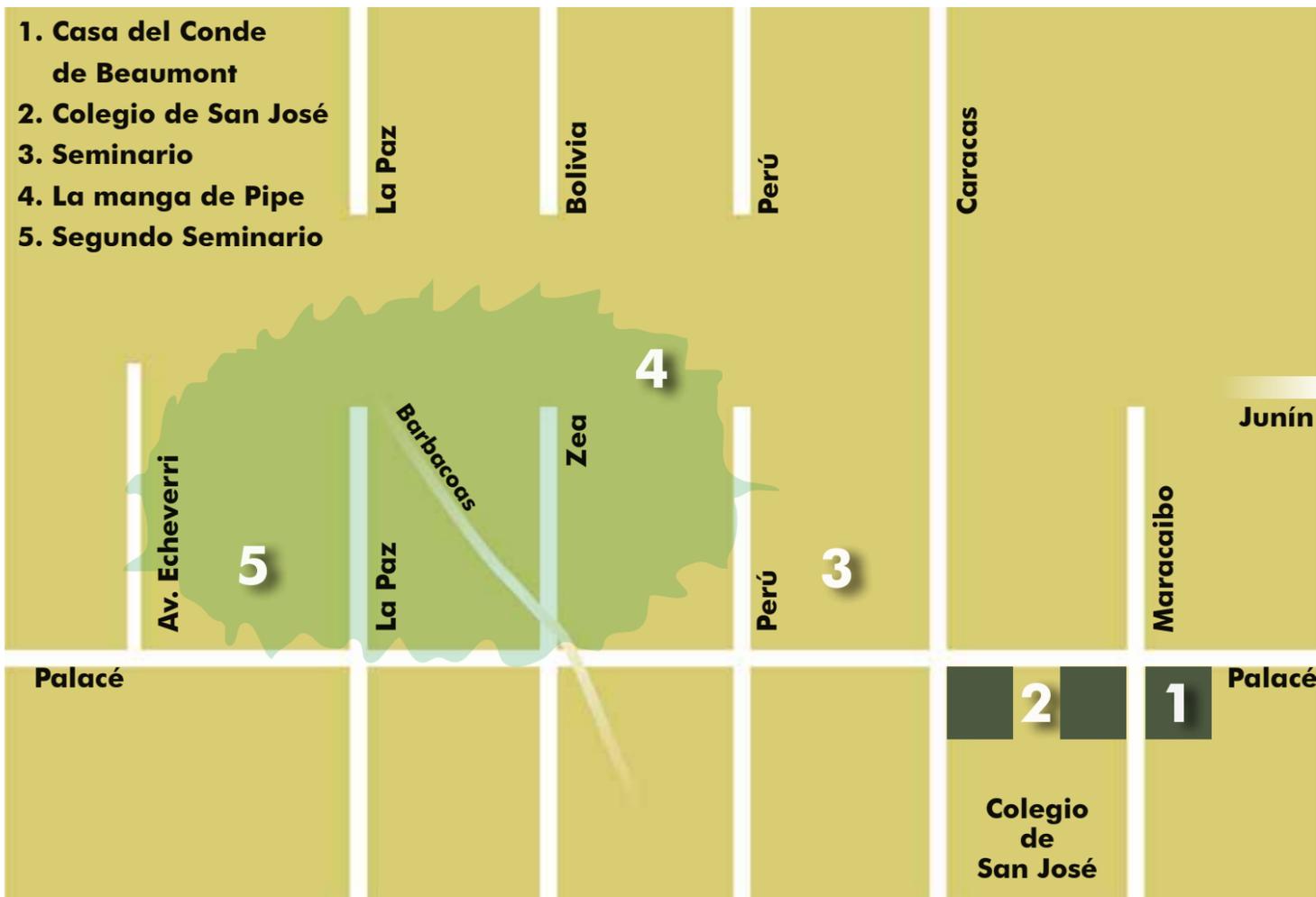
El Barrio Lleras eran casitas de dos pisos con antejardines florecidos que enfiestaban sus calles

estrechas. No digo que pudo preservarse así en estos tiempos de registradoras ansiosas, pero digo que los negociantes que le colonizaron a precios de dineros calientes hicieron el doble mal negocio de borrar las huellas de un barrio hermoso y de perder sus inversiones porque muy pronto el Lleras morirá de abandono por decrepitud.

Todo en el Barrio Lleras es desproporcionado. A su decente origen miniaturista le chantaron estridentes bares y restaurantes y discotecas que simplemente no caben en esos espacios. Y a esa estrechez súmenle la publicidad atiborrada y las músicas diversas que cada antro programa al volumen competitivo que le da la gana. Un infierno. El infierno del mal gusto. **UC**

UN CONDE VIVIÓ CERCA DE LA MANGA DE PIPE

Protegidos de El Sombrerón por nuestro amigo historiador, el arquitecto RAFAEL ORTIZ, continuamos el recorrido por esta carrera Palacé llena de cuentos y reveladores datos.



Río Medellín

Byron White

1 La casa del Conde de Beaumont, en Palacé con Maracaibo, esquina suroccidental. Este fue un señor que enloqueció a todas las damas de Medellín, pues era nada más y nada menos que Armando, el de las Damas de las Camelias, figura máxima del romanticismo francés. Llegó a Medellín huyendo a la fama de sus amores tormentosos en la ciudad luz y aquí se aclimató y consiguió mucho dinero gracias a un descuido de Coriolano Amador en su famosa Mina del Zancudo. La riquísima mina quedaba en un tendón de la cordillera y ocurrió que quienes la denunciaron lo hicieron solamente con un lado, descuidaron la otra parte, la que caía por el lado opuesto, cosa que aprovechó nuestro célebre conde para establecer la explotación por la retaguardia de los mismos filones del Zancudo. Cuando fue sorprendido, pidió disculpas a Amador pero no le dio ninguna plata.

2. Colegio de San José. En la mitad de la cuadra siguiente quedaba la Procuraduría de los Hermanos Cristianos, que real-

mente era una librería de textos educativos de G. M. Bruño, de París. Esta librería facilitó la educación de por lo menos un 30% de los estudiantes de Medellín, de toda clase social, y vendió muchas ayudas publicitarias y educativas para los demás colegios.

3. En la cuadra siguiente, entre Perú y Caracas, costado oriental, quedaba el Seminario. Esta casa llegó a manos de la curia, según una leyenda, donada para el primer sacerdote que se ordenara en la ciudad. No sabemos qué pasó, pero de todas maneras estuvo siempre en manos de la curia, a pesar de que pasaron por ella la Tesorería Municipal y la Bolivariana.

4. La manga de Pipe ocupaba, originalmente, las cuadras comprendidas entre Perú y la Avenida Echeverri. Pipe era toda una institución; vivía en ese terreno en una especie de tugurio y arreglaba cuanto bicicleta se dañara en Medellín, con especialidad en reparación de llantas. Cuando llegó la fiebre del fútbol a la ciudad —más o menos en los primeros diez años del siglo XX— la primera cancha pasó a ser la manga de Pipe, y así a toda hora del día estuvo repleta de afiebrados futbolistas patean-

do aquellos afamados balones de vejiga y ruana. Los balones no demoraban en chuzarse pues la manga estaba rodeada de pencas, pero cada vez que sucedía, Pipe el salvador tapaba los huecos con los mismos parches con que aliviaba los neumáticos de las ciclas.

Por esa manga pasaba la calle Barbacoas, trazada siguiendo un camino indígena que atravesaba la ciudad y llegaba hasta Mazo, en Santa Elena. Era el camino de Arví.

5. Delimitado por La Paz y la Avenida Echeverri, y por Palacé y Venezuela, existió el segundo seminario que hubo en Medellín, y que hoy es el Centro Comercial Villanueva. Fue construido por los Monseñores Caicedo y Marulanda en 1925.

¿QUIÉN ERA EL SOMBRERÓN?

Hay una leyenda en la ciudad que según muchos indicios más bien fue realidad: El Sombrerón. Aparentemente, y según las mentes acaloradas de nuestros antepasados, en un vado del río Medellín, en la calle Colombia, un espanto cobraba forma de jinete en un caballo negro, luciendo un asustador sombrero oscuro y alón,

y acompañado de varios perros también negros que arrastraban cadenas que salían del río. Subía veloz por la calle Colombia y se desaparecía en la plazuela de San Roque, horrorizando a su paso a todo transeúnte noctámbulo que se topaba.

Sabemos, por otra parte, que después de que el Conde de Beaumont vivió en Palacé con Maracaibo, construyó una casa en la esquina suroccidental del cruce de Junín con la Plazuela de San Roque y allí murió. Fue enterrado en la iglesia de San José, pero sus huesos desaparecieron cuando fue ordenada la supresión de las bóvedas que quedaban a la entrada de la plazuela.

Pasó el tiempo y cambió la ciudad. Una prostituta muy conocida, de nombre Rosita, compró la casa, y contrató una firma de arquitectos para que perpetuara su nombre haciendo el Edificio Rosita. Al demoler la vieja casa se encontró que la caballerizas tenían una puerta sobre Palacé (el edificio quedaba sobre Junín). Hilando, llegamos a la conclusión de que muy posiblemente El Sombrerón no era otro que un habitante de esta casa, pues el espanto siempre desaparecía en el acceso a la entrada secreta.

Antonio Caro

Jaime Cerón

Su interés en el arte surgió cuando terminaba el colegio, por el contacto con Bernardo Salcedo, uno de los artistas más agudos en el campo del arte de finales de los sesenta. Desde esos primeros días pensando como artista, Antonio Caro se ha interesado por descolonizar las representaciones culturales que sustentan la experiencia de la realidad, ha desafiado los fundamentos convencionales del arte y ha replanteado su relación con el campo social en general. En gran medida fue este acercamiento lo que terminó encaminándolo a estudiar arte en la Universidad Nacional de Bogotá, que en ese momento tenía la ventaja de albergar la sede del Museo de Arte Moderno de la ciudad. Uno de los sitios de reflexión más activos de la época en la capital.

Sin embargo, antes de ingresar a la universidad a Caro ya le habían interesado algunas muestras muy críticas con la idea establecida de arte que seguro ayudaron a perfilar sus intereses futuros. El famoso incidente de su participación en el Salón Nacional de Artistas de 1970, cuando presentó una cabeza del presidente Lleras realizada en sal que luego derritió con agua, fue su bautizo de aguasal en el medio artístico. Quedaba demostrado que habría ironía y sustancia pero no dulzura.

A partir de entonces, Antonio Caro ha promovido revisiones a los principios de poder que estructuran el campo social, porque las nociones o ideas que constituyen una determinada obra son respuestas, afirmativas o críticas, a la idea de mundo que dicha estructura social afirma. Esta visión contrasta con la fantasía del arte como “expresión universal del espíritu humano”, que circula hegemoníamente. Sus proyectos confrontan el *statu quo* del arte que se revela en las convenciones formales que lo estructuran, que lo llevaron a usar el lenguaje verbal en su reemplazo. Al trasladar al campo del arte algunas de las expresiones verbales que se usan socialmente para movilizar diferentes tipos de agendas y preocupaciones políticas, Caro garantiza un tipo particular de arraigo cultural en las obras resultantes. Es esa la forma como su trabajo activa de manera compleja la función de ser espectador. Tal es el caso de su célebre proyecto *Colombia—Coca-cola*, donde cruza la tipografía de la marca multinacional con el emblema de identificación de nuestro país, con el fin de generar preguntas acerca de la soberanía y el poder, que son activadas enteramente por los espectadores.

El *Homenaje a Manuel Quintín Lame* (importante —y a la vez desconocido— líder indígena colombiano de comienzos del siglo XX) consiste en la realización de una copia de su firma en achiote. La firma de Quintín Lame remite a dos sistemas de representación cultural: la escritura occidental y la gráfica indígena. Ambos activan la historia de Manuel Quintín Lame, quien trabajó incesantemente durante toda su vida en búsqueda del reconocimiento de los derechos culturales y políticos de su

comunidad. Aunque actuó por medios pacíficos y desde los marcos legales, pasó la mayor parte de su vida en la cárcel. Cada vez que Caro realiza esta firma en un lugar particular, a manera de una “pintura in situ”, actualiza simbólicamente la presencia existencial de Quintín Lame y nos permite recordar lo que esconde su ausencia de los relatos históricos oficiales.

Como consecuencia de este proyecto podría entenderse su obra *Matas de maíz*, pues éstas se han convertido en emblemas de la diferencia cultural, por los diversos usos sociales que esta planta ha tenido en América. En una ubicación cercana estaría el *Proyecto 500*, que funcionó como una contra representación de la celebración del quinto centenario del “descubrimiento” de América. Cinco años antes de la fecha oficial de esta inquietante conmemoración, Caro comenzó a realizar una serie de charlas en Medellín donde relataba diferentes acontecimientos y proponía acciones simbólicas en la vida diaria que resistieran los efectos coloniales. El número 500 llegó a convertirse en el emblema del proyecto.

Recientemente ha emprendido un proyecto denominado *Caro es de todos* que alude a cuestiones como el aborto o el porte de la dosis personal de droga —caballos de batalla en lo que respecta a cruces entre lo privado y lo público— que ponen de presente la vulneración de los derechos de los sujetos por parte de lo establecido institucionalmente. Se trata de pequeños volantes impresos que mediante un sencillo recurso gráfico movilizan las disputas simbólicas respecto a estos temas. A medida que los ejemplares impresos, presentes en la sala de exhibición, van disminuyendo, su capacidad de circulación y de movilización de posiciones va aumentando.

La sencillez e inmediatez aparente de la obra de Caro siempre da lugar a una densidad y complejidad de sentido en la que participan activamente los espectadores. Es en esa capacidad de proponer que los roles de “creador” y “espectador” se intercambian, en donde parece radicar su mayor valor crítico y en donde se percibe la inquietante coherencia de su trabajo. UC



Póngase la camiseta

Antonio Caro llega al atilillo que esconde la redacción de Universo Centro con una camiseta marcada con el ubicuo anzuelo de Nike. Dice que se la regalaron. Es una de las condiciones para que una camisa pueda entrar a su escaparate: que la escoja otro, que el amigo dadivoso la vea y diga, ahí está pintado Caro, y se la entregue nueva o usada. Antonio Caro, que se ha hecho célebre en el arte colombiano con frases sencillas puestas entre un marco, con gestos inocentes, con la risa de los primeros haikús dedicada a la realidad, con una patente de corso contra las marcas; ahora ha decidido convertir su escaparate en una galería y exponer las 33 opciones de su clóset de todos los días en la pared de un museo.

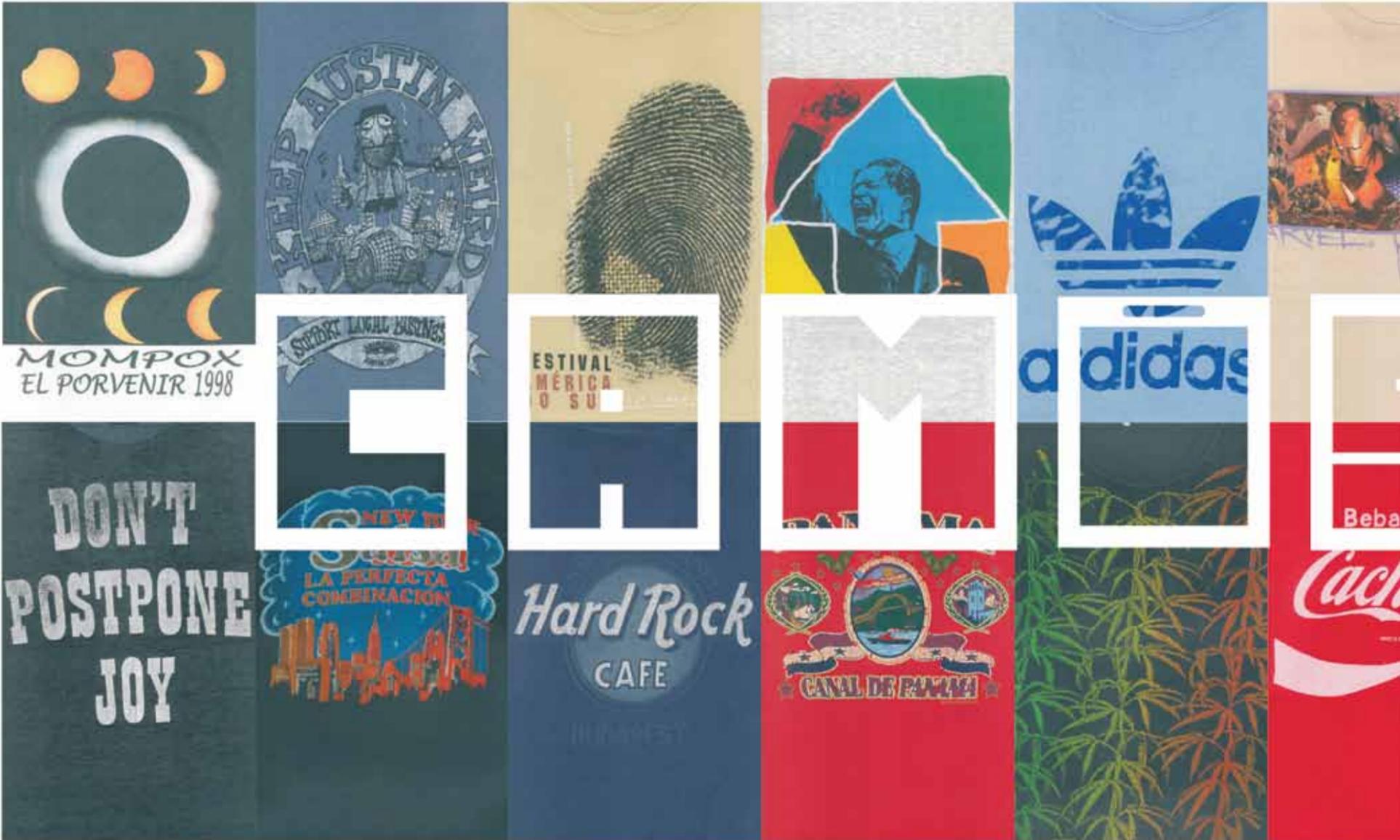
Las camisetas se convierten entonces una en señal de sus itinerarios, un botón de complicidades, un guiño militante, una burla, una herejía. Caro sabe que la gente lo mira por la calle, que su risa desdentada, su pelo siguiendo la moda de los electrocutados, su austeridad tan parecida a la ruina, llaman la atención de quienes no saben de sus obras. Y sabe que para el corrillo del arte se ha convertido en un permanente performance. Sus obras están tan ligadas a sus rutinas y sus ironías y sus carcajadas que hace tres años se puso una camisa verde con una palabra en la espalda —GUÍA— para explicar su retrospectiva en el MED07. De modo que no es raro que ahora nos muestre las gracias y las historias que insinúa su baúl de camisetas raídas y a medio raer. Pero él es consciente de sus limitaciones. En medio de una carcajada que espanta a la gata anciana que trabaja tiempo completo en la redacción nos dice: “Los artistas de cine de Estados Unidos se tapan vendiendo ropa vieja... Pero yo no aspiro a tanto”.

Nada parecería más frívolo que preguntarle a un artista por su ropa.

Pero hoy estamos hablando del arte de convertir las camisetas en una enseña. “Una camiseta de Cartagena no ¡Nunca!”, nos grita Caro como si estuviera en una manifestación. “En Cartagena la mitad de la población vive encima del mercurio y la mierda”. Ahora parece que el cuento es en serio, que Antonio Caro se baña temprano, desayuna su agüita de diente de león todavía en toalla, como una especie de ermitaño, y pasa a la meditación trascendental sobre cuál camiseta lucirá por el resto del día. “Diariamente hay una conciencia de lo que me voy a poner. Hay camisetas y oportunidades, pero nunca hay tantas oportunidades como camisetas”.

Lo de Caro es también una apuesta de ascetismo. Como si se tratara de un krishna que se dicta sus propias reglas. En medio de la conversación, siempre en busca del juego con las palabras y otras fichas, nos dice con toda la seriedad del caso que ahora vive en el cuartico de la portería de un edificio que ya no es tan elegante como fue. No queda más alternativa que imaginarlo como el guardián burlón del Edificio Colombia del arte. “Ahora no hay mucho de qué preocuparse, el arte pasa permanentemente de la tautología a la bobada”. Y cuando la charla llega a las posibilidades económicas de los artistas, un tema donde están sus dogmas más férreos, responde con la insolencia del legendario artista del hambre: “Yo no vivo de mi arte, el arte vive de mí. Los curadores, los galeristas, los marqueteros...esos sí viven del arte”.

Antes de bajar por la escalera de caracol de nuestra buhardilla, antes de desaparecer de la mano de su GUÍA de esta noche, Antonio Caro nos deja su última gracia y carcajada. Es hora de cubrir su camisa de hoy: “Como soy viejito, por la noche me pongo un bucito”. UC





Alquimia criolla de las



Cochoro

Marta Inés Baena Gaviria /
Josegabrielbaena

El 6 de mayo de 1937 la fotografía asombrosa del accidente del *Led Zeppelin* LZ129 cerca a Nueva York le dio la vuelta al mundo. Sesenta pasajeros sobrevivientes fueron rescatados en tierra con graves quemaduras y lesiones, comatosos, muchos de ellos dados por muertos apresuradamente y conducidos a las morgues. En Medellín la noticia causó notable escándalo social, ya que en ese zepelín venía desde Europa el multimillonario medellinense José Domingo Garcés Naranjo, procedente de Alemania, donde había pasado una larga temporada, asistido a los Juegos Olímpicos del 36 y personalmente había sido condecorado por Hitler por ser uno de los más importantes comerciantes entre América del Sur y la Alemania Nazi: Garcés Naranjo exportaba enormes cantidades de coca desde Bolivia y Perú para las reputadas casas farmacéuticas de la época, que la preparaban en sus numerosos productos alcaloideos, desde la inofensiva aspirina hasta la potente morfina para adictos particulares y los ejércitos del Tercer Reich. En Medellín le hicieron novena de difuntos a José Domingo porque la noticia de su supervivencia llegó solo días después. Cabe anotar que el millonario murió otras dos veces por accidentes o asaltos y siempre resucitó. Vea usted.

José Domingo, continuador a su modo de la saga de bizarros potentados locales como Coriolano Amador, era hijo de “papá Dominguito”, comerciante que había mandado a estudiar a sus hijas e hijos a Eu-

ropa, como se estilaba. Pero fue su hijo Josecito el único que le sacó la vena de millonario sagaz desde muy temprano. Sus otros hermanos y hermanas tuvieron destinos dignos de películas de la *serie B* de Hollywood: el único medio normal de la familia fue Julio César, primer contador del Ferrocarril de Antioquia. Los demás son objeto de nuestra crónica. Un periodista económico contaba hace poco cómo José Domingo había recibido de herencia las extensas tierras del hoy barrio de mecánicos El Naranjal, un extenso pantanero que iba desde San Juan hasta Suramericana, y desde el río hasta la Plaza Guayaquil que se inundaba cada invierno; y muchas más posesiones desde Naranjal hacia los corregimientos de La América y Belén, y suntuosas fincas en El Poblado. La mayor fuente de su riqueza no vino sólo de la compraventa siempre gananciosa de sus 240 fincas sino mucho más de la fabricación y venta de algunos inventos medicinales domésticos y populares, semejantes a la sal de frutas, polvos y brebajes para el hígado y la sangre, Urol, Sangrol y otros, fabricados en sus misteriosos Laboratorios Garcol, e ideales para alcohólicos consuetudinarios y anémicos anónimos.

Cronistas bíblicos nos cuentan por teléfono que las fórmulas se las había sonsacado a un químico alemán que vino a Medellín huyendo de la guerra del 14. Hay que decir de una vez que José Domingo jamás le pagó un céntimo de impuestos al municipio, el millonario audaz no reconocía ningún derecho del Estado sobre su fortuna y durante años tuvo a sus abogados litigando para que le dieran la licencia de construcción del Edificio Colón, peligrosísimo porque había sido levantado con los ladrillos “parados y de canto para ahorrar material”. Al final de todos sus innume-

rables memoriales de agravios ponía en el documento de puño y letra: “¡Viva la Virgen del Carmen!”

Su vida personal fue una épica continua hasta entregarle con onerosos intereses su alma al Creador. Casado con la hija de un exgobernador de Antioquia, la pobrecilla mujer pronto enloqueció, sin hijos, seguramente debido a las manías insoportables de su cónyuge, y murió demente. Luego de la muerte de su esposa José Domingo se fue a vivir a la enorme casa de su propio barrio El Zepelín —de Naranjal hacia arriba— en compañía de su familia de insólitos hermanos: Pedro Pablo, alto y elegante como mayordomo inglés, asesinado por un borracho antes de los 30 años; Ángela, Julia, Julio, Clementina, Magdalena y Amelia, esta última depresiva total y encerrada en esa casa de por vida. Yo Josegabriel, que era algo así como sobrino-tataranieto de esa familia por parte del abuelo materno Jesús Gaviria Naranjo, alcancé a ir a esa mansión extraña unas cuantas veces a finales de los años 50, mis recuerdos de ella son pura tiniebla, pero dejo aquí la palabra a mi hermana Marta, quien conoció a fondo en su niñez ese lugar de avaricia natural, demencia y sucesos extraordinarios, dignos de una novela de Edgar Allan Poe.

Josedomingo en el recuerdo puro

“Naranjal empezaba desde el antiguo puente de hierro de San Juan, y se llamaba así porque había sido pantanosa finca de los Naranjo desde finales del siglo 19 o principios del 20. Ahí en San Juan arrancaba el camino que se partía después hacia los corregimientos de La América, Belén, El Socorro y el monte selvático occidental. Después del accidente del zepelín en

en la mansión Garcés

el año 37, Josedomingo construyó ese barrio de varias manzanas con las llamadas *quintas*, arriba del sector de *Los Chalets*, y lo llamó así en recuerdo del dirigible fatal. Por el camino central pasaba el tranvía hacia La América. Las quintas eran lo último en modernidad: en vez de tener el patio atrás como las casas de pueblo o del centro, lo tenían adelante: amplias fachadas de 20 metros, muros bajos con reja forjada, aldabones, jardines selectos que llegaban hasta el fondo de la casa, piletas forradas con cerámica extranjera ilustrada. ¡Una elegancia! Josedomingo mandó a construir para él y sus hermanas solitarias la mansión más grande de todas, con una enorme sección de fondo que giraba en forma de L hasta el otro extremo de la manzana, para instalar su laboratorio secreto... y la habitación con doble puerta de hierro sólido donde encerró hasta su muerte a su pobre hermanita lunática.

“Estamos a finales de los años 40. En mi familia Baena-Gaviria apenas hemos nacido Lucía la mayor y yo, Marta, la segunda, de 5 y 3 años cortos. Vivíamos al extremo occidental de El Zepelín, donde empezaban a instalarse las clases medias trabajadoras. Como en la casa no había nevera, que era lujo de ricos, todos los días la mamá nos mandaba a Lucía y a mí: ‘Vayan a donde las Garcés por el hueso para el almuerzo’. El *hueso* era... ése que vendían o encimaban en las carnicerías para que las señoras lo metieran en la sopa mientras hervía y soltaba *la sustancia*. Así, pues, día tras día íbamos a que nos dieran el hueso donde las Garcés Naranjo y eso era para nosotras, inocentes infantas, la gran aventura...

“Como éramos tan traviesas, patilargas, brincanas y saltarinas, atravesábamos la reja en un instante y estábamos adentro. Jugábamos entre los laberintos de flores largo rato, nos extasiábamos ante las fuentes de inmersión, distraídas, olvidadas de todo... hasta que un ruido en la puerta del zaguán nos anunciaba la realidad. Salía a recibirnos Julia, la única que se levantaba temprano, mientras iban de salida Pedro Pablo, y Julio: solterón, altísimo, blanquísimo y vampiresco, siempre impecable con su traje negro

y su camisa blanca almidonada. Ya calladitas y con aire mohíno nos adentrábamos en el zaguán, con su segunda puerta de fondo y sus vidrios esmerilados de colores, y entrábamos en puntillas a ese misterio que era siempre la casa de las Garcés... Imágenes, recuerdos claros, emociones puras de finales de los 40 del siglo pasado; en el Zepelín, muchas casas de esas manzanas también eran suyas. Siempre escuché en la familia nombrar esos primos como *Las Garcés*, interpreto ahora, quizá, por la mayor cercanía con las mujeres: Julia, Ángela y Clementina.

“Así... Todos los días por la mañana la niña iba por el hueso para la sopa, la niña iba corriendo, cantando, con sus manos asidas a la bata, a cumplir con el encargo de la mamá y tardaba muchísimo en regresar por el increíble asombro y curiosidad que, en sus ojos de niña, le producía llegar a una hermosa casa quinta donde todo para ella era fantástico, inmenso e intemporal.

“Traspasada la puerta de hierro ahí estaba el antejardín con dos fuentes mediosecas, enchapadas en azulejos intercalados, los surtidores siempre cerrados. En las ventanas y rejas, enredaderas de lluvia de oro y de delicadas flores azules, una banca de madera de ese color curtido que solo lo dan lluvias y soles, junto a una ventana lateral. Ese antejardín fue un lugar de ensoñación para Lucía y para mí; jugábamos en las fuentes y soñábamos con agua que brotaba de los surtidores, pues aspirábamos las boquillas hasta que el agua brotaba por unos instantes: éramos felices, entre gritos y asombro nos abrazábamos, las fuentes tenían vida.

“Las florecitas de la lluvia de oro me producían éxtasis, me sentaba en la banca a contemplar su intenso color naranja y a sentir entre mis dedos la textura de terciopelo de sus pétalos; no contaba la noción del tiempo en mis contemplaciones infantiles. De pronto recordaba el encargo de la mamá y corría, pasaba el portón color verde claro, luego el zaguán con vitrales y se desplegaba mágicamente una enorme casa: a la izquierda lo primero que observaba era una habitación cerrada: al ver la mirada curiosa de la niña, Julia me decía: ‘Josedomingo está dormido, no haga ruido...’. Eventualmente Josedomingo, somnoliento, abría la puerta de su habitación, de pijama azul de rayas, manga y pantalón largos, muy simpático, de voz fuerte, dicción muy buena, expresión fácil, me conversaba alegre y volvía a encerrarse. Yo aprovechaba esos momentos furtivos para mirar hacia adentro: multitud de cajas, escaparates hasta el techo, baúles. La leyenda dice que ahí guardaba sus lingotes de oro y billetes norteamericanos y europeos. En esa habitación fue donde lo asaltaron varias veces, una de ellas con gravísima cirugía posterior y trepanación cerebral.

“A Julia la conocí en su ancianidad, silenciosa, triste, de voz suave, delicada... dijimos, la única que se levantaba en las mañanas. Se ocupaba del trabajo de la cocina, de cuidar los pájaros y los perros. Mis abuelos la amaban a ella, también a sus hermanas Ángela y Clementina. Julia, siempre vestida a la usanza de Cumbres Borrascosas, siglo XIX: vestido o falda larga entallados en la cintura, amplios, colores gris o negro, delantal blanco y cabello recogido con cofia, zapatos de fieltro oscuros. Seguíamos a la cocina por el hueso, después de atravesar un largo corredor bordeado por el patio, a un lado con bifloras en materos de madera con patas largas torneadas y al frente con las habitaciones de Ángela y Clementina, cerradas; de nuevo Julia me recordaba no hacer ruido, ‘porque están dormidas, trabajaron hasta muy tarde de la noche en el laboratorio...’; apenas eran las 11 o 12 de la mañana. Otras dos habitaciones: una con la pianola mecánica, yo me moría por tocarla ‘pero no tiene rollos’, me decía Ju-

lia y la última pieza con baño y una enorme bañera blanca. La pianola fue objeto de mis fantasías hasta mi adolescencia.

“Al fondo una jaula inmensa se prolongaba hasta el techo, allí pasaba largo rato en contemplación: loros, pericos, diostedés; Julia les mantenía papayas y plátanos dispuestos en una enorme y pesada mesa a su lado. La jaula lindaba con una puerta de hierro, infranqueable, luego un pasillo y otra puerta; varias veces vi un laberinto de habitaciones de piso de cemento; Julia no me permitió entrar nunca. En uno de estos cuartos secretos permanecía Amelia, la pobrecilla loca... Ahora recupero en mis recuerdos su rostro lleno de angustia y dolor, una vez que se escapó del encierro, su larga cabellera y sus crecidas uñas —yo me escondí debajo de una cama, paralizada ante el misterio del laberinto que la niña curiosa quería develar...

“Luego la cocina y a continuación un enorme salón oscuro iluminado día y noche por bombillos de luz amarilla, tenue y pesada. A lo largo, mesones gruesos de madera oscura, repletos de frascos cafés, llenos de una sustancia granulada, balanzas, obreras lavando envases, rotulando; Clementina marcaba, Ángela tenía las fórmulas secretas del Urol y otros productos, manejaba sólo ella la alquimia del Laboratorio Garcol. Muchas veces entré a ese lugar que ahora surge como un recuerdo de novela...

“Fui testigo de que Josedomingo, Julia, Ángela y Clementina ocuparon un espacio en los afectos de mis abuelos maternos Gaviria Naranjo-Gaviria Sierra y de mi mamá Gabriela; mantuvieron unos lazos recíprocos de amor y amistad hasta la muerte. Recuerdo las visitas de los Garcés a las casas de mis abuelos en San Benito, Estación Villa, San Javier, hasta allí llegaba el lujoso auto negro Packard de Josedomingo a llevar a Ángela y Clementina a tardes de parques con mi abuela. En varias oportunidades fui a pasear con todos ellos a la finca de Josedomingo de El Poblado de Turingia. Memorias puras de mi infancia, personajes de leyenda de un Medellín que ya nunca más será”. **UC**



UROL

Salva de las enfermedades de los RINONES, HIGADO, VEJIGA y de trastornos del ACIDO URICO.

UROL

elimina las impurezas, purifica la sangre, activa las funciones del organismo y lo tonifica.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

En Medellín las viviendas tienen corazón

familias que transforman su vida y recuperan la dignidad

MEDELLÍN IMPARABLE

Período	Unidades
1990-2003	5.000
2004-2007	6.782
2008-2011	15.000

Avance + 210% (C.O.M. en verde) 89%

INSTITUTO SOCIAL DE VIVIENDA Y HABITAT DE MEDELLÍN
ISVIMED

Línea de atención: 444 20 80 www.viviendasmedellin.gov.co

tinta y tinto

letras para el café | **Comfenalco** ANTIOQUIA

Un espacio para tus reuniones en el centro de la ciudad

A pocos pasos... un espacio para tus almuerzos

Un variado menú que disfrutarás de lunes a viernes.

No te pierdas el recital de piano los miércoles y jueves al medio día y los viernes en la noche.

Valor del menú: \$10.500

Informes: 511 21 33, ext. 138
Avenida La Playa # 45-37.
Club Comfenalco La Playa

GRUPO HANGAR

Amplificación · Iluminación · Mobiliario · Comunicación · Logística
Conciertos - Ferias - Desfiles - Pantallas LED

HANGAR MOBIILIARIO
SOCO COMUNICACION
HANGAR PRODUCCION

mercadeo@hangar.com.co

4 - 444 15 00
Medellín - Colombia
www.grupohangar.com

Estilario

Raúl Trujillo

(Desde Buenos Aires, exclusivo para UC)

Bien podrá el lector considerar que en este caso el estilario está escrito con algo que modifica de forma sustancial el sentido de esta columna. Hasta ahora mis comentarios sobre el estilo salen a partir solo de la imagen de los invitados ya que no ha habido entrevistas ni diálogos con ninguno. En esta oportunidad es diferente y tengo el gusto de presentarles a mi amiga Nuria Cañellas, diseñadora independiente y patrocinadora de cuanto proyecto creativo surja en la ciudad. Una ciudad que en origen no es la suya, ya que como "se nota" es hija de algunos de los pocos inmigrantes europeos que se enamoraron del exuberante trópico y lo convirtieron en su hogar, después de la segunda guerra y los periodos fascistas del viejo continente.

Del mediterráneo le queda la lúdica y el amor por los grupetes de amigos que en bandadas recorren y se toman los espacios haciendo suya la ciudad. Personas andariegas de lo público y lo callejero, como Yo, que nos gusta enseñar —léase exhibir y representar también— y siempre tener tema de qué aprender y hablar. En eso nos parecemos los catalanes y los paisas.

Cataluña, tierra de genios, poetas y bohemios, rica en ocio y placeres que se expresan en cada ritual de sus vidas, gentes que hacen de los oficios arte, vio nacer a Nuria, en una familia de tradición textil. Obvio que aquello se refleja en su estilo y en la meticulosa selección de materiales y de sus apariencias, que siempre lleva en una rica paleta donde todos los conceptos pasan migrantes, como corresponde al buen estilista en moda. Siempre hay en el fondo una caperucita con alma de pin-up.

Sexy y coqueta como su micro mini falda plato o rotonda que con el viento debe volar por los aires y exhibir las hermosas piernas en sus tacos que siempre darán tanto de qué hablar, sabe y tiene claro lo que se pone y para evitar morbosa grosería o pacato cuchichear, van las medias a modo de leggings —calzas o chicles— que aportan veladura y una dosis de calor que por estos días requieren las noches de la aguada capital primaveral.

Rojo siempre ha sido su espíritu flameante de flamenco y rockstar que por herencia de la belleza materna tiene mucho de la rubia BB. De la tierna y salvaje Brigitte Bardot, la actriz y sex simbol francesa que encendió los sueños eróticos de los jóvenes del 68 en su revolucionaria lucha por la creatividad y la diversidad. Y es muy de Nuria, suyo y característico el uso de un poco de encaje, o tejido, o randa o crochet, o malla... algo trans ella lucirá. Es que su blancura resalta y luce como mosaico moro al ajustarse estos tejidos a la piel, ya que de manola o cantaora, cuando se inspira, le gusta excitar. Así se dice tener éxito.

Hace rato que no nos vemos y disfruto mucho verla jugando conmigo a la eterna trezona María, luciendo su canastita que bien sé que de lanas, agujas, especies, juguetes, ungüentos o peroles siempre atiborrada está. Me refiero a la María de los telenovelones de media tarde, ese personaje virginal que llegando del campo a la ciudad lucía en una mano una guitarra y en la otra una maquinita de coser con la que después de mucho "sufrir y luchar" se haría famosa diseñadora de modas y tendría su propia firma y local. Bueno, pues ha sido María nuestra eterna colega y aún hace parte del imaginario de miles de chicas que hoy sueñan con ser coronadas —como en Cartagena, los reinados en Colombia deberían considerarse patrimonio para la impronta global— Reinas de la moda local. Nuria desde la industria y la artesanía lo ha logrado y es su lenguaje de "caribe boudoir" lo que la ha caracterizado y lo que se refleja en cada una de las piezas que elabora en sus acaloradas noches de tejedora de proyectos, afectos y pasiones que han mantenido viva la escena del arte, la música y la moda de la cultura joven de nuestra ciudad. **UC**



Doble penetración y Análisis sexual son las películas que se presentan esta semana en el Teatro Sinfonía. Las aventuras en el sexo y Juegos de leche son los estrenos para la siguiente. Fernando González, el filósofo de Envigado, decía: "Pornografía es tenerle miedo a la vida, tener los instintos vitales encapuchados en la oscuridad de la vergüenza".

SINFONÍA PORNO

Andrés Delgado

1 Son las 6:30 de la tarde y el centro de Medellín hierve en la congestión. El Sinfonía está ubicado en Sucre, entre Caracas y Maracaibo, donde a esta hora fluye lenta una cola de carros. Cientos de empleados vuelven a sus casas. La taquilla del teatro es un local al borde de la calle. Los afiches explícitos están a un paso de los transeúntes. En los 90, cuando pasaba con mis amigos del colegio por esta calle, mirábamos con desengaño la taquilla, frustrados por no ser mayores de edad. Siempre tuve curiosidad por esta vaina. Detenido en el corredor del teatro, escucho un taconeo que se aproxima. Giro y cruzo la mirada con un par de secretarías. Miran los afiches, se ríen, y siguen taconeando. Se burlan de mí, que sigo ojeando solitario la cartelera.

El horario se prolonga desde las 10 de la mañana hasta las 11 de la noche, de lunes a lunes, en función continua. A lo largo del día repiten dos pelis. Cada semana se renueva el cartel. Uno podría ingresar a medio día y quedarse la tarde entera encerrado allí, todo por 5 mil quinientos pesos. Según Simón Posada en su *Diccionario arbitrario del porno*, "la clasificación triple XXX concierne al grado de desnudez: una x para los senos, otra para el trasero y otra para la vagina". Por otra parte, Salman Rushdie, el novelista británico que vive en permanente amenaza de muerte por los musulmanes radicales, es uno de los más famosos defensores de la pornografía. Según él es un indicador de la libertad de expresión en cada país. En la entrada del teatro me acerco al portero y le pregunto cómo están las películas. "Muy buenas, muy buenas", me dice desganao. Entonces me voy a la taquilla y pago. A juzgar por la indiferencia del portero, en esta sala de cine lo que menos interesa es la proyección en la pantalla.

Boleta en mano, paso al siguiente pasillo. Levanto unas pesadas cortinas rojas y me sumerjo en aberraciones y jadeos. A diferencia de los teatros contemporáneos, al Sinfonía se ingresa por la parte superior. Así que me encuentro de frente con una delirante pareja que folla desde la pantalla. Me detengo a ojear el entorno. Desde atrás, veo cabezas desgranadas por las filas. El Sinfonía es un teatro de antaño. En total hay

quinientas sillas. —Un teatro comercial tiene 170—. La sala es enorme. Alrededor, hay sujetos de pie, apoyados en las paredes. Con la escasa claridad puedo verlos y todos ellos me clavan la mirada. Lo mejor es seguir adelante.

Me siento en mitad de una fila desocupada e intento relajarme. El protagonista termina la escena disparando sobre el rostro de la chica un potente chorro de jeringa. Según las costumbres del Japón feudal, para castigar a una mujer infiel, varios hombres eyaculaban en su cara.

La película concluye y las luces se encienden. Nadie se levanta. Todos esperamos que comience la siguiente. El recinto queda en silencio. Echo una ojeada y compruebo que todos somos hombres. Aquí y allá hay varias parejas de ellos. Empieza a sonar música de vaqueros, es un *far-west* de Frank Pourcel. Al cabo de unos minutos se apagan de nuevo las luces. De manera inesperada, un sujeto se acomoda en el extremo de mi fila. "Normal", pienso y me escurro en la silla, sentándome casi en la espalda. Sé que el tipo me está mirando. Giro la cabeza y lo confirmo. Se trata de un gordo, calvo y barbado, con las cejas tupidas. Respiro con calma y no vuelvo a determinarlo. En la pantalla aparece una chica con cara de folladora profesional. En la oscuridad, el gordo se levanta y recorre la fila para sentarse cerca, a una silla de distancia. Me parece que puedo ser obligado a una locura. Puede ser que sea tiempo de terminar con mi reportería. Para enviarle un mensaje al gordo, lo miro con la cara más brava que sé fingir, una cara que he practicado en el espejo de mi baño. El hombre me devuelve la misma expresión. Nos miramos con el cejo fruncido. Resoplando, vuelvo a la pantalla. La protagonista procede a meterse en la boca, por turnos, las vergas de cuatro hombres. Mientras tanto, siento en el cuello la mirada incisiva del gordo. Mi paranoia aumenta. La mujer chupa y chupa. Está feliz. Mi vecino estira la rodilla y, sobre ella, apoya una mano. Mi pierna ha quedado a una breve distancia de su mano regordeta. Su intención es clara. De modo que me levanto de un tirón. Camino apresurado por el flanco contrario y busco la salida por esa interminable fila de sillas. Me largo terriblemente asustado. Cuando cruzo a toda prisa delante de los tipos que están detenidos en las paredes,



me siguen con la mirada. Me observan, como a una puta pasar por la calle.

2

Luego de la primera experiencia tras las cortinas rojas, vuelvo al día siguiente para hablar con Héctor Sierra, el administrador. Tal vez don Héctor me explique la dinámica en el interior de la sala. A medida que hablamos, detenidos en la taquilla, varios sujetos pagan su ingreso. Al principio de la conversación Don Héctor no quiere hablar demasiado, se queja de los reportajes que han dejado por el piso la reputación del Sinfonía. Pienso en el episodio con el gordo. ¿Pudo suceder algo grave ayer? Para suavizar la cuestión, le pregunto por la historia del teatro.

En 1942 se construyó el teatro Salón España, y en los 60 se convirtió en las instalaciones de Radio Sinfonía,

una emisora. Al finalizar esa década volvió a ser sala de cine, ahora bajo el nombre de Teatro Sinfonía. Los dueños eran Bernardo Giraldo Zuluaga y Jorge Tobón Villamizar. Inicialmente se presentaron *western* y películas de artes marciales. Más tarde llegó el cine erótico, con películas de argumento, música y exteriores. En 1973, en el gobierno de Misael Pastrana Borrero, llegaron las películas del destape. El Sinfonía se consolidó como el primer teatro de la ciudad que presentaba sólo películas de contenido sexual. Don Héctor dice que las filas llegaban hasta Junín. Actualmente, las películas que se proyectan son de origen norteamericano, italiano y francés, y se alquilan desde Bogotá. Las películas de 35mm se acabaron. Ahora sólo se proyecta formato DVD. Todo esto es carreta, porque a mí lo

que me interesa son las historias que no me quiere contar.

Según don Héctor, la sala es fácil de vigilar.

—¿Le parece fácil? —le pregunto.

—La idea —dice— es que la gente se comporte bien.

—¿Adentro puedo tomar licor?

—No.

—¿Puedo venir con mi novia?

—Sí, siempre y cuando ella se haga responsable de todo lo que le pase.

—¿Y qué podría pasar?

—Entre ustedes dos, se pueden acariciar.

Me dice que si vengo con mi novia seríamos rodeados por algunos espectadores. Según él, es seguro que empezarían a tocarnos. Don Héctor, por fin, suelta la lengua. Los sábados las mujeres entran gratis, pero no pueden cobrar por sus actividades. El teatro es un sitio de recreación y no de trabajo. Recuerdo a una actriz que decía: “La diferencia entre el sexo a cambio de dinero y el sexo gratuito, es que el sexo a cambio de dinero resulta más barato”.

Ahora, quiero saber si pude ser acosado físicamente anoche.

—¿Don Héctor —repunto yo—, ¿y si vengo solo?

—Lo mismo —dice—, alguien vendrá a buscarlo.

—¿Y si me paso de lugar?

—En cualquier parte que se siente, volverán por usted.

—Pero ¿puede suceder una agresión?

—¡No, hombre!—don Héctor se ríe—. ¡Cómo se le ocurre!

Mientras me habla, recibe los tickets de los espectadores, todos ellos son sujetos que oscilan entre los 30 y 60 años, con presencia muy masculina. Todos saludan. Es muy frecuente encontrar voyeurs que pasan la tarde entera esperando a que suceda algo en la sala para ir a presenciar en vivo. Hay un hombre que trae a otros dos, para verlos acariciar. El 80% de los espectadores son clientes que vienen regularmente y entre ellos se conocen los gustos. Hay un cliente, un viejito, que pregunta desde la taquilla: “Don Héctor, ¿hay mujeres adentro?” En caso de que no las haya, el cliente responde: “Entonces vuelvo más tardesito”. Si don Héctor afirma, sale disparado para la taquilla.

El público, en su mayoría gay, no se conforma sólo con mirar. Lo que sucede entre la sillería supera fácilmente las películas que se proyectan. Con la complicidad de la penumbra, los clientes dejan de ser espectadores aburridos y pasan a ser protagonistas de sus propias escenas. En estos teatros

lo que menos interesa es el cine.

—Acá se puede hacer de todo —le digo—. ¿Cuál es el límite?

—Penetraciones, y para evitarlo se vigila constantemente con una linterna.

3

El Teatro Sinfonía es fácil de vigilar porque es de una sola planta, a diferencia del Villanueva, que tiene tres pisos y 600 sillas. Son los últimos dos teatros de cine porno en Medellín. Anteriormente había una pléyade de cinco teatros X: además de los que sobreviven estaban el MetroCine, en Bolívar con San Juan; el Radio City, en Maracaibo; y el Capitol en Palacé, que antes fuera el Teatro Méjico. Varios de estos cines se convirtieron en centros de oración. Ahora que las salas X están en vía de extinción por culpa de internet y de las cabinas privadas de videos, ¿adónde van a ir estos sujetos a no ver películas?

En el Villanueva, ubicado en la esquina de Bolívar con Caracas, converso con Hugo Rivera, el administrador. Al contrario de don Héctor, don Hugo no tiene pelos en la lengua para contarme las historias de su teatro. El atractivo de la sala reside en que los asistentes pueden ir rotando libremente por las sillas masturbándose unos a otros. Tomo nota. Me narra la historia de un sujeto que cada ocho días ingresa con su mujer para que la manoseen mientras se masturba. En Tokio hay gente que se gana la vida haciendo donaciones de esperma, a los espectadores del Villanueva se les está escurriendo el dinero entre las manos. Entre historias de pajas, voyeurs, gays y mamadas, don Hugo dice que prohibió la entrada de travestis porque “vienen a pelear por hombres.” En otras ocasiones ha ingresado a la sala con una linterna para lidiar con tres o cuatro herramientas por fuera de sus cremalleras. Además, ha llegado a encontrar pruebas de coprofagia. En varias ocasiones lo han visitado funcionarios de Salud Pública. Le han preguntado por qué hay tanta servilleta en la sala, papel higiénico y condones. Entre una y otra amonestación, los funcionarios públicos se van del teatro. Le pregunto si conoce alguna regulación legal que controle el funcionamiento del negocio. Me dice que no, pero asegura pagar toda clase de impuestos legales.

A la salida del Villanueva don Hugo me dice que a la clientela no se le puede pedir que rece un rosario mientras ve una película triple equis. Pienso en el gordo barbado del Sinfonía. Es seguro que anoche libró el pago de la entrada con otro sujeto. Menos mal no fue conmigo. **UC**

CRÓNICA VERDE Legal en el 2012

Daniel Pacheco

“¡Dios mío! ¡Miren esos dragones!”, gritó por mamar gallo Zach Galifianakis con un porro prendido en la mano durante el show de Bill Maher, transmitido en vivo por HBO.

“Ese es mi punto”, continuó ya más calmado el actor y comediante greco-gringo, “eso, que uno ve dragones, es lo que la gente cree todavía de la marihuana”.

Faltaban cuatro días para la votación de la Proposición 19 y Galifianakis parecía ser la primera persona que fumaba marihuana en vivo por la televisión nacional gringa. Desde entonces ha habido un debate sin resolver sobre si era marihuana de verdad o sólo clavos, pero el hecho ya estaba fumado.

El 2 de noviembre la Proposición 19 perdió por 4 puntos, pero lo que logró, el porro de Galifianakis, la adhesión de Danny Glover, Puff Daddy, y decenas de celebridades más, y un cubrimiento de medios nacional sin precedentes, tiene a muchos seguros de que en el 2012 la marihuana será totalmente legal en al menos un estado de la Unión.

Antes de hablar de lo que viene, un par de palabras sobre lo que fue. La Proposición 19, presentada y financiada en un principio por Richard Lee, el dueño de Oxtersdam, “la universidad de la marihuana”; un dispensario de marihuana medicinal, centro cultural, y, sí, universidad sobre la bendita yerba. Lee, un tipo parecido a Hunter Thompson pero con mucho más pelo, le sacó la piedra al todo el movimiento pro legalización de la marihuana en E.U. por salir solo a proponer la Proposición 19. De esto se habla sólo en voz baja en los corrillos de *prolegas* gringos, pero desde hacía un año antes de las elecciones, cuando la 19 ya estaba aprobada, hubo duros debates dentro de las tres organizaciones más grandes pro reforma, NORMAL (National Organization for the Reform of Marijuana Laws), MPP (Marijuana Policy Project) y DPA (Drug Policy Alliance), para ver si apoyaban o no la salida loca de Lee.

NORMAL, MPP y DPA sí habían hecho la tarea juiciosa y sabían que en el 2010 cualquier referendo para legalizar tenía las cosas en contra. En primer lugar, sería en una elección legislativa, típicamente baja en votantes jóvenes y votantes progresistas. Segundo, todavía no había el suficiente *momentum* para juntar la plata necesaria para garantizar la victoria (Lee proyectó recoger \$20 millones y sólo logró \$4). Tercero, sabían que la Proposición 19, como había sido redactada por los abogados de Lee, dejaba muchos huecos, como por ejemplo hacer opcional la legalización para cada condado.

Pero con la Propuesta 19 aprobada para ir a las urnas, los medios encima, y el mundo mirando como California “votaba para legalizar la marihuana”, era imposible reparar en sutilezas e irse en contra del referendo. Y como sin querer y a media marcha, terminaron todos haciendo campaña en un momento difícil, destinado a ser una primera derrota.

Por eso, y ahora sí mirando para adelante, tipos como Aaron Houston, el director de SSDP (Students for Sensible Drug Policy) la organización de estudiantes *prolegas* más grande de E.U., (y de la que, valga la aclaración, yo hago parte), dice siempre, “No es cuestión de si va a ser legal o no, sino de cuándo”.

Houston es un poco fanfarrón, pero yo siempre caigo en sus encantos emotivos y le pregunto emocionado, “¿Cuándo, a ver, diga cuándo?” “En el 2012, chino, póngale la firma”, me responde (me tomé un poco de libertad emotiva en la traducción).

Con un poco de perspectiva se ve que el trabajo para legalizar la marihuana en E.U. no ha sido de un día para otro. Desde el 96, cuando California fue el primer estado en legalizar la marihuana medicinal, hasta hoy 13 nuevos estados y el Distrito de Columbia se han sumado a la medida para abrirle paso a la yerba como *medicina*. Esto ha ayudado a cambiar la percepción de millones de ciudadanos hacia la sustancia, tanto que casi un 70% de los gringos está de acuerdo con que se use para curar dolencias varias.

Lo próximo es pasar de la *medicina* a la *golosina*, digamos. Cambiar el discurso hacia la marihuana para presentarla como una sustancia de uso recreativo relativamente inofensiva, convencer al menos al 4% de las personas que se opusieron a esa perspectiva en California. Y en eso ciertamente la Proposición 19 deja muchas lecciones. Menciono dos fundamentales: la primera es que hay que aprender a hablarles a los latinos, quienes le tienen pánico a la legalización; la segunda es que hay que ser más persistentes en mostrar que los usuarios de la baretta como *golosina* frecuente no son tan peligrosos.

Quedan dos años para que “¡dios mío, veo dragones!” sea una frase que menos de la mitad de las personas de Colorado o California —los dos estados donde es más posible que se presente un nuevo referendo— considere posible en la boca humeante de quien acaba de fumarse un baretto. Y en el 2012, con todo el movimiento trabajando junto, con Obama apostándole a la reelección y con un discurso más pulido, la marihuana legal muy probablemente deje de ser una alucinación. **UC**

al pie de **LA LETRA** librería

Calle 49A N° 64C-42 Brasilia 3
Tel: 230 54 28

Calle 53 N° 64 A 27 Carlos E. Restrepo
Tel: 230 18 36

Servicio a domicilio sin costo adicional
www.alpiedelaletralibreria.com

LOS TURISTAS PASAN, LAS RUINAS QUEDAN



Después me contó que se fueron a rumbar por Las Palmas. Gary se mantenía en el hotel y por las tardes se encontraba con ella. Hicieron buenas migas hasta que se casaron y se fueron para la USA. Vivían en Charleston, donde jamás los visité porque Gary me cogió rabia cuando no le paré bolas. Si venía por acá me hacía el fo, se hacía el loco, ni me miraba. Vivieron como cinco años y lo más raro es que yo no sé cómo se entendían si el inglés de mi mamá era de "this is the jacket" y cosas así.

Casi no volví a ver a mamá sino cada seis meses cuando ella venía. Una vez se prendió toda y me contó que ese viejito le daba lo que quisiera, pero que vivía en una jaula de oro. Bien achacoso y todo, se la pasaba viajando, yendo y viniendo a las Bahamas, y a Panamá. No la llevaba a ninguna parte y cuando salía le decía que no la podía llamar porque andaba en gira de negocios. Ella se puso a estudiar la otra lengua por hipnopedia. El viejito salió más perro que hasta ahí: una vez ella le encontró unos cucos en la guantera. Cuando le preguntó por ellos, él dijo que estaba explorando nuevos modelos de ropa interior dizque para abrir su mercado.

Menos mal que el año pasado, Mamá le pidió el divorcio. No sé todavía qué fue lo que rebosó la copa. En todo caso, me alegré de que se liberara de ese catano. Ella con cincuenta y todavía da guerra. En estos días se hizo el pilling, el botox y se piensa quitar unos conejitos de más. Luce como nueva. A veces nos encontramos y vamos a hacer nuestras rondas por el Parque. Nunca se sabe...

Fernando Mora Meléndez

Después de llegar molida de hacer spinning toda la mañana, me senté a beber un energizante en el Parque Lleras. Estaba muy temprano todavía para el almuerzo y entonces me puse a hacer tiempo, brujeando los collares de chaquiras y las aretas de alambre que venden los hippies de por allí. Entonces se acercaron esos dos, uno era de acá y el otro era un gringo viejo. Se hacían los bobos, dizque mirando artesanías ellos también, pero no me quitaban el ojo de encima. Yo tengo el palito para eso. No es por nada, pero los hombres parecen moscas detrás de mí.

El más joven se me acercó y, con acento paisa, muy fluido, empezó a traducir lo que el mister me decía. Que yo dizque era "la joven más pispita que había visto en Medellín"; que "tenía las piernas más lindas de toda la galaxia". Eso me hizo reír y animó al gringo a decirme más cosas, que el otro traducía. Me preguntó si conocía los Estados Unidos. "Only Miami". "Yes, le dije, Miami es very beautiful". Aproveché para practicar algo, pero de un momento a otro, el intérprete me dijo que si yo podía acompañar a su jefe esta noche.

Creo que hacía rato estaban pensando que yo era una prepagó.

Les volví la cola y me largué.

Por la noche fui a comer con Estela, mi mamá, otra vez por el Parque. Estábamos mirando la carta cuando los vi en otra mesa. Era el mismo gringo, bajito, con camisa playera, calvo y sentón. Al lado suyo el traductor de camiseta negra, buen pectoral y cara de cura. Vino a invitarnos todo formal a la mesa de ellos. Mamá insistió en que fuéramos porque nada perdiéramos haciendo relaciones.

Apenas pedimos las cazuelas, ya Gary nos estaba invitando a su rancho en Colorado. Que era un hombre de empresa y le gustaba decir las cosas bien claro: tenía dos mil cabezas de ganado, tres boutiques en la Florida, una hija y un yate. Que estaba dispuesto a lo que fuera con tal de conseguir una esposa colombiana. Y sin ir más lejos le dijo a mi madre que yo era la elegida. Apenas John Jairo tradujo esa pedida de mano yo me reí más que una tarimada de bobos.

Qué viejito tan sinvergüenza, igas!, pensé en voz alta; pero mi madre le rogó a John Jairo que no tradujera eso. "No tenga cuidado, dijo él, yo soy traductor, pero no traidor". Y enseguida le mató el ojo a ella. Hace rato que la venía mirando, todo boquiatojado. No es por nada, pero mi mamá se mantiene

muy arreglada a sus cincuenta. Se hizo la lipo, tiene quicas nuevas y anda en la jugada con la ropa y los perfumes. La gente se confunde. Y ese traductor andaba loco con el escote.

Le dije que yo no estaba interesada en bodas así.

"Oh right, oh right..." dijo Gary; y volvía a la carga con su propuesta. Me recomendó que pidiéramos un trago. Yo soy abstemia, le dije a John Jairo. Pero Estela, mi mamá sí se mandó dos guaros largos.

El traductor, entre tequilas, se pasó echándole los perros a ella y, como andaba tan entretenido, se le olvidó hacer el doblaje. Entonces el gringo se puso rojo como un tomate y no supe qué le dijo a su empleado porque mi inglés todavía es "very bad".

Gary me mandó decir que entrara en razón, pero yo lo veía más cacreco todavía. Pobre gagá, haciéndose ilusiones y con una patita en el purgatorio... Sacó el Blackberry pa mostrarme la foto de un yate, con él de piloto. Entonces me acordé de una película hindú que dieron por esos días: La joya sin precio.

Al otro día me sorprendí cuando vi a mamá, arreglándose para salir. ¿Adónde vas, ma?, le dije, y ella confirmó mis sospechas: Se iba a encontrar con ese par otra vez. John Jairo te lleva ganas, le dije. No, qué va, dijo ella... totiada de risa.

II Por los días de la Feria de las Flores, me hice amigo de Max. Lo recogí en la Plaza de Cisneros y me pidió que lo llevara a un sitio de striptease. Me dirigí a un local que conozco y ya en la puerta me pidió que lo acompañara. No sabía que allí las viejas se quitan todo, menos la tanga. Cuando pregunté las razones, me dijeron que el dueño era evangélico. El mono se fue sulfurando porque ellas no se empelotaban del todo y me lo tuve que llevar antes de que armara la pelotera. Lo dejé en el hotel. Me dijo que lo recogiera al otro día, temprano, porque tenía que hacer muchas vueltas. La propina que me dio es lo que yo me gano en una semana.

Lo llevaba a comprar ropa, a hacerse las uñas y a otros sitios de los que mejor no hablar. El hombre me pagaba por días y así yo no tenía que andar ruleteando, como se le dice aquí al camello de encontrar carrera.

Max siempre andaba con los ma-

letines repletos de billetes verdes. Me hacía esperarlo mientras él entregaba o recibía cosas en hoteles y en casas elegantes. Tenía sus cruces raros.

Me pedía que le recomendara muchachas bien para su soledad. No le podía faltar su botella de Jack Daniels y otros juguetes. Como estaba viniendo tanto a Medellín, decidió alquilar una casafinca en el Poblado. Allí hacía sus fiestas, con poca gente. Le salía más barato, según me dijo, alquilar todo el año que pagar hotel por un mes. Muchos gringos estaban haciendo eso. Me mandaba la plata y yo le pagaba los gastos fijos, incluso le serví de codeudor.

Todo iba de maravilla hasta ese día en que nos rodearon, se bajaron varios hombres armados y sacaron al gringo del taxi, lo esposaron y le leyeron algo en inglés. Me dijeron a mí que me largara. Y eso no me extrañó tanto sino que se supieran mi nombre. Llevaban varios días siguiéndonos. El gringo ese estaba caliente y yo no lo sabía.

—Está pedido en extradición. No puede hablarle ni el abogado.

—Yo entiendo, pero, parece, este señor me debe la carrera —quería despedirme de Max.

Ante la insistencia, el policía de civil hizo un gesto con la mano para que me acercara al carro. Era una camioneta grande con vidrios polarizados, y con una ventanilla abierta. Uno de los detectives llenaba unas planillas. De afuera le gritaban alguna información que no entendí.

Max parecía una porción doble carne, en medio de dos rebanadas de pan con ajonjolí: los policías que lo apretujaban. El gringo me debía ochenta mil. Pero me entregó doscientos con las dos manos pegadas, por encima de la cabeza de un policía.

—Fuck you, me gritó desde adentro, ¿Cómo tú no darte cuenta de que nos venían siguiendo?

—Ah, hermano, yo qué iba a saber que usted andaba caliente...

—Shit —dijo—. Quédate con eso.

Y entonces me tiró una cachucha que decía *Rico Medellín de noche* y unas gafas marca Police, de las originales.

Subí al carro y me despedí de los honorables representantes de la Ley y la Justicia ordinaria.

Dos meses después comenzaron a llamarme de la agencia de arrendamientos. No encontraban al gringo por ninguna parte y yo tenía que cancelar el arrendamiento de tres meses. Tendría que trabajar dos años, con sus propinas, para desenglobar la hipoteca.

Fui a la mansión abandonada y un celador me contó que había visto a una muchacha sacando un paquete de la mansión. El contenido del mismo es una de esos misterios que se sabrán el día del Juicio Final, por la tarde, si hace buen tiempo.

III Siempre que Ted volvía a Medallo me llamaba.

Venía a desfogarse, como un perro cuando le quitan el collar, dispuesto a vivirlo todo de una vez, antes de que fuera tarde. Para eso trabajaba duro dos años en Australia. Con los ahorros viajaba otros dos, y así se la pasaba. Iba de la ceca a la meca con la misma mochila, pero aquí siempre volvía.

Nos conocimos en uno de los conciertos de Altavoz y ahí fue cuando me dijo que él no cambiaba esta ciudad. No era sólo porque fuera barata sino porque había algo, "something special", que él mismo no sabía precisar. Y eso que había estado en los lugares más remotos, desde Bolivia hasta Afganistán. Creo que le gustaba llevarle la contraria a sus padres cuando, horrorizados, se dieron cuenta de que visitaba Medellín, la cuna de Escobar.

Me mostró unas fotos de una aldea perdida, a un lado del lago Titicaca. Una noche había salido de la

carpa. Hacía luna llena y se escuchaba muy cerca la música y el ruido de alguna ceremonia. Prendió el cepillo de dientes eléctrico y al poco rato se vio rodeado de un montón de aldeanos que lo miraban como a un ser venido de otro mundo. Debía resultar extraño para una comunidad cuyos adultos eran casi todos muecos y no conocían ni siquiera los otros cepillos. Cuando se alejaba de ese lugar, sintió que lo llamaba el jefe del poblado para pedirle que por favor les dejara como recuerdo aquel objeto mágico. Ted no lo dudó y antes agregó a la ofrenda un rollo de papel higiénico.

Un día, todavía sin desamarrar la mochila, me llamó para que nos encontráramos.

—Quiero beber hasta perder la conciencia, me dijo.

—¿Y cómo se logra eso?

—No lo sé, me dijo, pero podemos intentarlo.

Anduvimos de ronda por bares del centro, fuimos a Rumbantana y a Babylon, bebimos desde ron Tres esquinas hasta pisco peruano.

Ya estábamos muy foqueados en una banca, solos él y yo. No sé en que momento a mí me dio el impulso de ponerle la mano a un carro y lo dejé ahí privado, cual indigente.

Por la mañana se despertó en su camarote del hostel, sin saber cómo había llegado hasta allí. Tenía la mochila sin desamarrar, ninguna herida a la vista y todo sus papeles en regla. Al salir al pasillo, el casero le contó que un taxista lo había traído casi inconsciente porque lo había visto tirado en la banca. Ted alcanzó a decir, tal vez, el nombre del hostel. El conductor lo ayudó a entrar al carro y lo llevó sin cobrar nada.

Cuando oyó esto, de inmediato lo acosó el deseo de hacer una llamada urgente. Era a Australia. No tenía minutos en su celular. El casero le prestó el suyo. Iba a contarle a sus padres cómo había logrado llegar ileso a su cama, después de una noche de juerga, en esa lejana ciudad prohibida. **UC**

ESTE 4 DE DICIEMBRE | LA PRIMERA LUZ DE LOS ALUMBRADOS SE ENCIENDE EN TI

LLÉVALA A LAS 7 DE LA NOCHE A LA FUENTE DEL EDIFICIO EPM, SOBRE LA AVENIDA REGIONAL, Y JUNTOS VOLVAMOS A SENTIR ESE ORGULLO QUE SÓLO SE SIENTE CUANDO SE PRENDEN LOS ALUMBRADOS.

LOS ALUMBRADOS MÁS ESPECTACULARES DE SURAMÉRICA HACEN DE MEDELLÍN IMPARABLE

une epm OBRA CON ARTISTAS Alcaldía de Medellín

DICIEMBRE 4 AL 10 DE ENERO DE 2011

Boleta: cagaos 10 mil
 Incluye coctel raspao y el último ejemplar de **UC gratis**

Viernes 3 de diciembre
7:30 p.m.
 Lugar: Casa Plazarte
 Carrera 50 Palacé # 59-32
 Teléfono: 586 7719

2 años UNIVERSO CENTRO
Fiesta Show LGTVM
 (Lectura, guaro, travesti, video, música)

con X-504
 • José Villa (Gordo's) y el Son de la Nubia
 • Doña NN
 • Demoizela
 • La Dayanna

VENTAS DE BOLETAS: Guanábano - Tienda Multicreativa-La Boa- Callejón de las palabras
Cada boleta con su boleta
 Informes: universocentro@universocentro.com

Apoya: **Area 30**

La magia de la navidad brilla en el Jardín

Abierto todos los días* de 9:00 am. a 9:00 pm.
Entrada gratuita
 * Excepto 6, 24 y 31 de diciembre

Jardín Botánico Medellín

Jardín Botánico de Medellín Calle 73 # 51D-14. 444 5500, ext 120.
www.botanicomedellin.org comunicaciones@botanicomedellin.org

VENDIMIA TIENDA DEL VINO 2010

Hasta el 19 de diciembre, los vinos top de nuestra cava con **precios muy especiales**

fatienda del vino
 RESTAURANTE & BAR

Calle 9 No. 43B-93
 Tel: 311 5822

LA TRÁGICA HISTORIA DEL DOCTOR **FAUSTO**

Jueves y Domingos **DONACION**
 General: \$ 16.000
 Estudiantes: \$ 8.000

Viernes y Sábado **DONACION**
 General: \$ 20.000
 Estudiantes: \$ 10.000

TEMPORADA 2010 HASTA EL 5 DE DICIEMBRE

Diciembre 18 de 2010.
 Medellín Despierta para la Vida
 Hora: 12 de la noche

Diciembre 22 De 2010.
 Hora: 8 de la noche
 Cover: \$ 10.000, incluye copa

CAJA
 INFORMES Y RESERVAS 239 25 41
www.cajanegrateatro.com
 Cra. 44 N° 47-24
 (Sector Plazuela de San Ignacio)

InterServicios
 Calidad y Confiable

interservicios@interservicios.com.co

Somos una organización cooperativa, conformada por tres Unidades Estratégicas de Negocios, con cobertura a nivel nacional e internacional.

- Unidad Estratégica de Servicios Administrativos - UESA
- Unidad Estratégica de Servicios de Ingeniería - UESI
- Unidad Estratégica de Servicios de Transporte Especial - UEST

Dirección:
 Carrera 46 # 52-36 Piso 6
 edificio Vicente Uribe Rendón
 Teléfono: 576 18 00
 Fax: 510 40 00



Amigo que lee: del vertiginoso río de los hechos saltan esta vez al papel historias de impostura y de fobias; de tráfico de fierros oxidados y de objetos que quedan en ridículo al subir al microscopio del análisis. En sus manos, una nueva edición impresa y mensual de AgenciaPinocho.com: "El diario de lo que no es noticia".

Microficción Periodística

CONTIENE RESPIRACIÓN MIENTRAS PASA POR ASADERO DE POLLO

Medellín. (A-Pin) Esta semana, la estudiante de mercadeo Sofía Aristizábal, de 22 años, se abstuvo de respirar mientras pasaba frente a un restaurante de pollo asado. El hecho tuvo lugar en la Avenida Oriental entre calles Pichincha y Ayacucho, por donde la joven debe caminar a diario rumbo a clases y al trabajo. "Ese olor es horrible, lo malo es que sólo me doy cuenta de que estoy pasando por ahí cuando lo siento en las narices. Pero hoy estaba preparada y unos pasos antes tomé la decisión de aguantar la respiración", explicó Sofía, una vez estuvo a salvo cerca al Parque San Antonio. Al respecto, Yaneth Posada, vendedora de paraguas y controles para televisor, quien se ubica al lado del restaurante en cuestión, dijo: "Ah, yo creí que la niña tenía era hipo. Ese olor lo que tiene es que le hace dar hambre a uno". Por su parte, Sofía aseguró que continuará aplicando la técnica cada vez que se acuerde, aunque admitió: "Tengo que ver bien si es mejor tomar bastante aire antes de pasar y botarlo al final, o no inhalar y recuperarme cuando pase".

Fotonoticia



SE TOMAN FOTOS CON GAFAS DE SOL PARA SUBIRLAS A FACEBOOK

Las estudiantes de once grado del colegio San Vicente de Paúl, Marlen Bedoya, Michelle García y Valeria González se tomaron varias fotografías con distintas gafas de sol que don Fernando, vendedor ambulante, tenía a la venta. El hecho ocurrió en las afueras del Palacio de la Cultura, centro de Medellín. "Vale se empezó a medir gafas y me gustaron mucho", declaró Michelle, quien luego de tomarle una foto a Valeria, afirmó: "Son pa' montarlas a Facebook", lo que provocó risas en sus amigas. Cuando Marlen observaba los estilos de gafas, Michelle le dijo a este diario que estaban en una "entrevista de trabajo". Sin embargo, Valeria apuntó: "Nos estaban dando las pautas para un seminario de monografía". A-Pin fue testigo de que las estudiantes se tomaron al menos dos fotos cada una. "Siempre que hay salida del colegio traemos la cámara", dijo Michelle minutos antes de partir. (Informó A-Pin)

Poema Informativo

CAMBIA CHATARRA POR BICICLETA DE NIÑA

Nelson venía
por la carrera Bolívar
Una de las zonas
más caminadas
Del centro de Medellín
Llamaba la atención
Por su camisón amarillo
casi reflectivo
Desplazándose ágil
por plena calle
En tenis sin medias
De cachucha
Y la sonrisa del hombre
que va en paz.
*
Manejaba una carreta el tipo
Y encima de ella
Una bicicleta rosada
De niña
Amarrada con una cinta azul
A una cadena que rodeaba
El guardabarros frontal
De ese carro sin motor
*
"Me la dieron por chatarra"

Fueron quince mil pesos
En hojalata
En lata
En cacharros
y pedazos de hierro
Sí
Nelson entregó eso
y le dieron a cambio
Una bicicleta
Con las dos llantas desinfladas
Los rines oxidados
Los cables de los frenos
Sueltos.
*
"La arreglo y la dejo para mi"
O para sus hijas, pienso yo
Sus dos hijas
Que a propósito
No le están pidiendo nada
Al niño Dios.
*
Nelson espera
a que cambie el semáforo
De la calle Colombia
con Bolívar
Viene "de por ahí
de La Alpujarra"
"De la Alhambra"

Lugar donde usted consigue
Chécheres viejos
Chatarra y cocos de teléfono
Juguetes que buscan
una segunda vida
Otra oportunidad
antes de morir.
*
Nelson sostiene la carreta
Los brazos se le templan
Sonríe con los músculos tensos
Mirando calle arriba
los buses bajar
Esperando
para poder cruzar
Colombia
Mientras la gorda de Botero
Lo mira todo de reojo.



Opinión

CORBATAS Y PAÑUELOS

Por Tiberio Arroyave

Los pañuelos y las corbatas se han ido de las indumentarias de los jóvenes, con excepciones nada honrosas: los estudiantes de Derecho de todas las facultades del mundo empiezan a mirarlas en las vitrinas de los almacenes apenas aprueban su primer semestre. Quizás la propensión de algunos de los futuros abogados a los malos manejos, la intriga, el chisme y los negocios turbios se pueda deber al uso prematuro de esta prenda. Sería muy revelador si algún investigador pudiera lograr mostrar relaciones estrechas entre el uso de la corbata y la corrupción en todas sus formas. Como muchas otras investigaciones, sencillamente lograría demostrar con pruebas lo que el pueblo llano sabe desde hace varios siglos: donde hay corbatas hay apropiación indebida. Y llamar a alguien "corbata" es describirlo con malas tintas.

Conozco un joven profesor de filosofía empresarial que las usa desde los siete años. Su madre, entre voces bajas de callada protesta como si temiera que él la oyera, nos cuenta que le dio por seguir las usando desde que hizo la primera comunión, y fue con ellas a primaria y a secundaria y luego en la universidad siguió con ellas, aunque las tapara con chalecos de lana de Cachemir.

Las corbatas han sido denunciadas por los estudiosos de las costumbres y dicen que son prolongaciones o signos de poder sexual. Yo sólo sé que quienes se niegan sistemáticamente a usarlas son un grupo de dogmáticos cerrados y confiables que primero se morirían que ponerse una. Esos sí son principios. Yo he encontrado que los miembros de ese club de SINCORBATA son muy eficientes, leales y activos, como si tuvieran deseo de demostrar su empuje. A mí el tipo que se niega fieramente a usar la mencionada prenda lo pongo de entrada en el grupo de los que recibirían mis bienes en custodia. Una mujer con corbata sí es otra cosa, siente uno que con ellas se puede arriesgar a fundar una familia, una ciudad o un país.

Los pañuelos son otro cuento. Creo que la descripción que se hace de su uso es una de las páginas más repugnantes de la historia de la literatura escolar, y se le debe a nadie más ni nadie menos que al gran venezolano de las buenas costumbres y de la urbanidad. Carreño, que no pasa de moda y es recomendado siempre, tiene ese lunar protuberante en su récord. Las oraciones para invocar al demonio son nada al lado de esas líneas sobre el uso del pañuelo; creo que fueron la inspiración para Kleenex y su emporio empresarial. ¿Habría algo más repugnante que una persona que se limpia 'guanabanera' y 'ametralladoramente' los mocos en medio de un acto social? Pero lo peor es cuando dobla su pañuelo y lo guarda nuevamente en su pantalón o saco. Por ello es que mi maestro de música, Pechicorcho le decíamos, quedará en la memoria de muchos y para siempre no por el pechito hundido entre los brazos sino por su costumbre de usar la corbata como pañuelo, QEPD.

QUERIDO LECTOR:

El sitio web de Agencia Pinocho no descansa ninguno de los 365 días del año, salvo quién sabe qué hecatombes. Y no descansa porque no se cansa de informar. Visítenos.



Amazonia Perdida

Viaje fotográfico del etnobotánico Richard Evan Schultes (1915-2001)
Espere la exposición en diciembre

El Río, conferencia de Wade Davis, escritor, etnobotánico y explorador de la National Geographic.
Martes 30 de noviembre 6:30 p.m. Parque Explora



La sostenibilidad y el medio ambiente tienen treinta minutos de televisión para compartir proyectos, investigaciones y buenas prácticas que aporten a la construcción de una vida mejor en el planeta

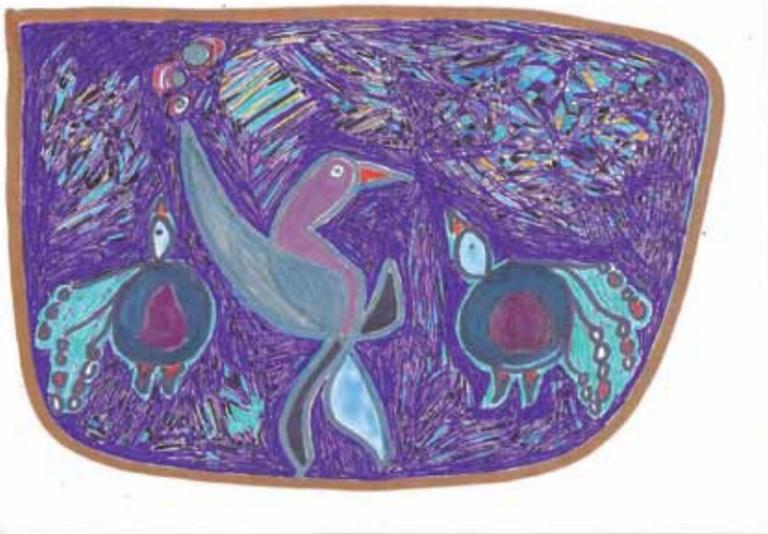
Súmate al Plan

Telemedellín:
domingos 9:30 p.m.
martes 11:00 p.m.
jueves 5:00 p.m.

Teleantioquia:
lunes 4:30 p.m.

Canal UNE:
sábados 6:30 p.m.
domingos 8:30 a.m.

Un programa **epm**



Blue dance de la serie: *all can be gray*
Jacinta Molina



tienda
multicreativa

www.facebook.com/tienda.multicreativa

Librería Los Libros de Juan

COMPRA-VENTA LIBROS, RAROS, CURIOSOS, DESCATALOGADOS.
DOCUMENTOS ANTIGUOS, OBRAS DE ARTE, ANTIGUEDADES.
los.librosdejuan@yahoo.com.ar
tel. 2 39 50 29 Cel. 3142550355
Medellín. Carrera 43 no. 54-66 (Girardot con Perú)

¡Diente tu bandera cree en tu país!

DEPRISA **FedEx** Federal Express

Avianca

SERVIENTREGA **Efecty** Hace sus pagos, hace sus giros

SU CORRESPONDENCIA Y CARGA LIVIANA A... TODAS PARTES

Calle 50 No. 46 - 36 • Local 105 **PBX 251 83 43**
Ed. Furatena • Medellín

SUPERRAPIDO Mensajería L. TODAS PARTES

Sopa de Cabezas de Cabra

La última novela fantástica del escritor José Gabriel Baena, el autor de ficción más audaz y "avant-garde" de este lado del río, solo será publicada por demanda y entregada personalmente, a partir de diciembre.
Ordene Usted esta obra exclusiva aprobada por la Iglesia para adultos mayores y avezados lectores.
E-mail: jbaenagaviria63@gmail.com

andrea
katic
kurk fisioterapeuta

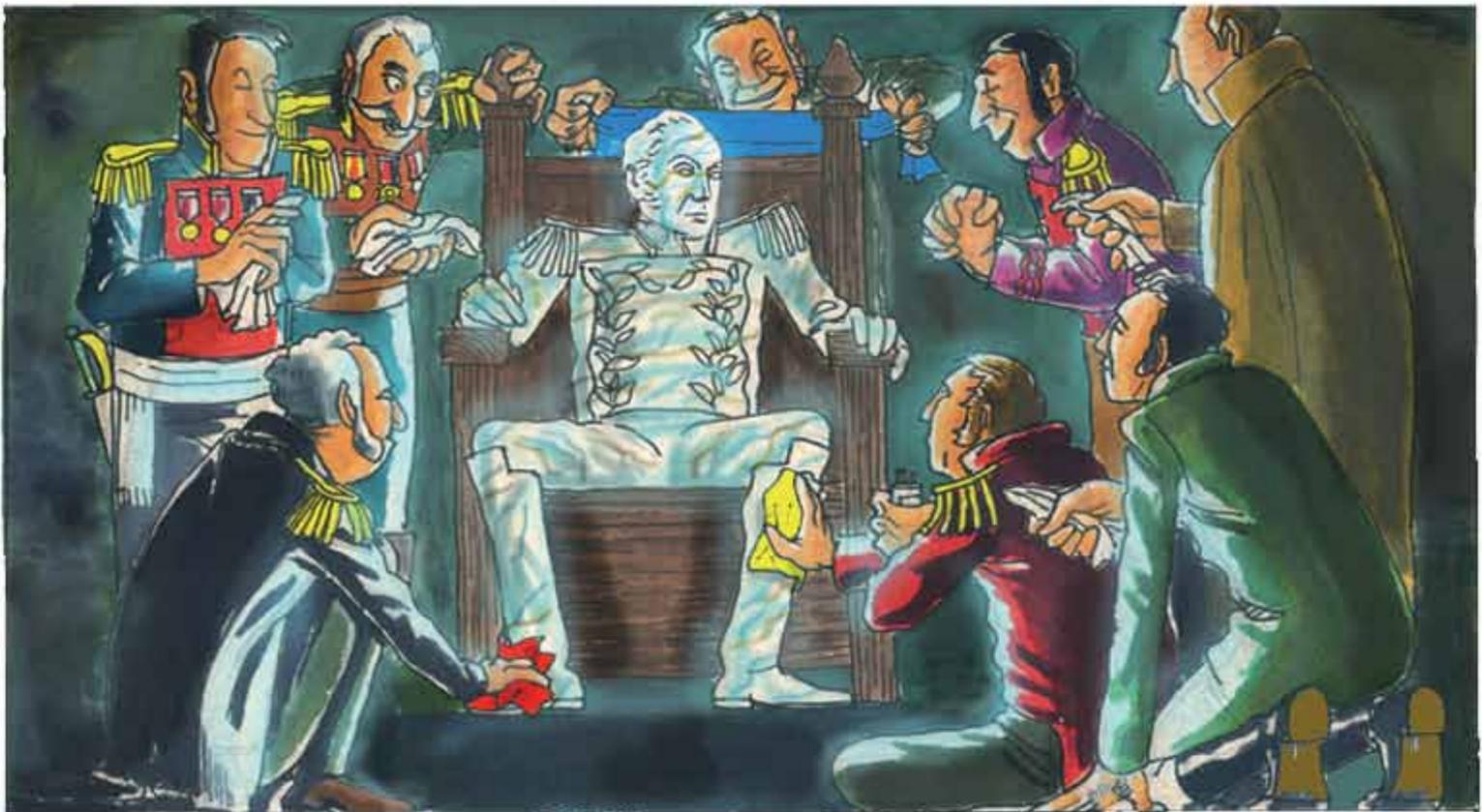
Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co



Ayudas Ortopédicas, Ortesis y Prótesis

Doctor Juan Pablo Valderrama
Prado Centro Carrera 50A No. 63-41
Conmutador: 444 19 29
contacto@orthopraxis.com.co
Medellín-Colombia
www.orthopraxis.com.co

CRÓNICAS DE VOLÍBAR ^{x10}



LA PATRIA BOBA
MÁS DE 200 AÑOS
DE PENDEJADA
NOVIEMBRE
MIÉRCOLES A SÁBADO
TEATRO PRADO
2844211



EL ÁGUILA ADESCALZA
País paisa
TEATRO METROPOLITANO
DIC 17 Y 18 2844211
www.aguiladescalza.com.co

Siente tu Área

*Nos movemos
por el aire*

*Transporte sostenible:
transferencia de tecnologías sostenibles
para la movilidad y el transporte del Valle de Aburrá.
Con vehículos eléctricos, filtros para buses
y medición de emisiones a más de 20.000 buses,
camiones, motos y volquetas
estamos mejorando la calidad del aire que respiramos.*



Área Sostenible
Gestión ambiental metropolitana

Área 30
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
AÑOS
1997
2020